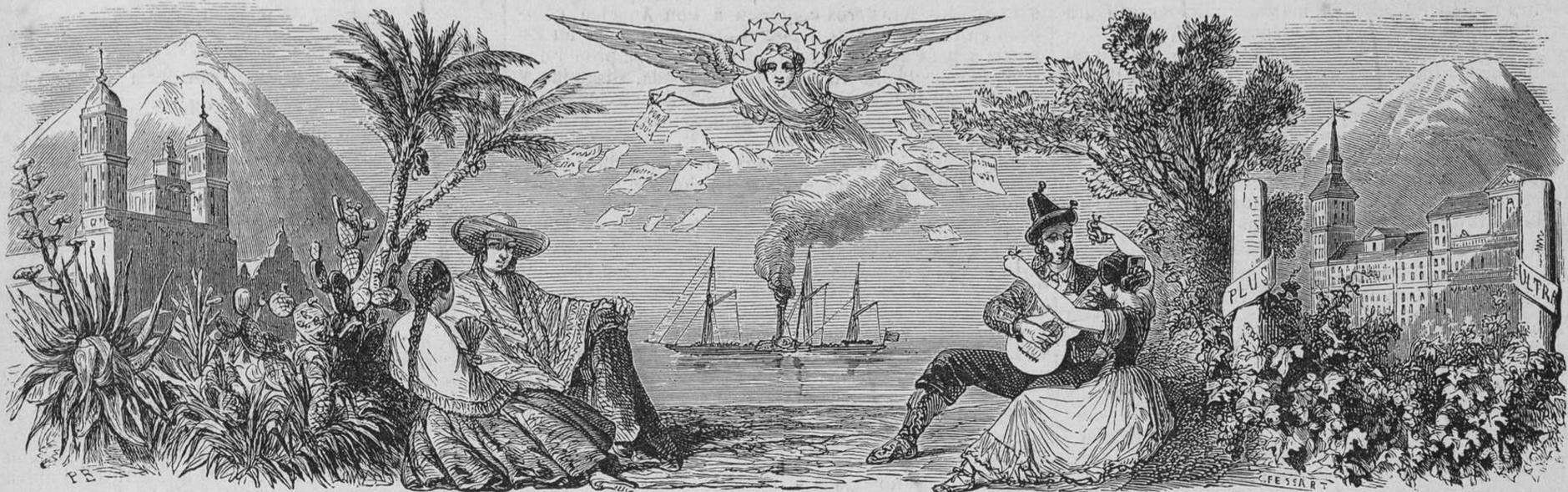


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 961.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Autorización. — Las prisiones de hombres y mujeres; grabados. — Revista española. — París ardiendo; grabados. — Revista de París. — Poesía. — Arqueología. — La barricada de la Chaussée-d'Antin; grabado. — Ejecuciones de insurrectos; grabado. — El orgullo de un hombre. — Las Ambulancias de la Prensa; grabados. — Ametralladoras tomadas a los insurrectos y reunidas en la plaza de la Bolsa; grabado. — Los insurrectos en el Pere-Lachaise; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Los restos del teatro de la Puerta de San Martín; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los grupos de la Capilla expiatoria de Luis XVI; grabados.

AUTORIZACION.

Con arreglo á las leyes vigentes en el estado de sitio, la empresa del *Correo de Ultramar* ha solicitado y obtenido de la autoridad competente el permiso para continuar su publicacion, que se halla concebido en los siguientes términos:

ARMÉE DE VERSAILLES.

LE MARÉCHAL DE FRANCE
COMMANDANT EN CHEF.

Le Maréchal de France commandant en chef,

Vu la loi sur l'état de siège,
Vu la demande du journal *El Correo de Ultramar*,

Arrête :

La publication du journal *El Correo de Ultramar* est autorisée.

Paris le 1^{er} juin 1871.

Par ordre,

Le général chef d'état-major général,

BOREL.



PARIS. — Columna de incendiarios llevada al Campo de Marte el 24 de mayo.

Las prisiones de hombres y mujeres.

Continuamente hemos visto estos días en las calles de París cuerdas de presos, como la que representa nuestro grabado de la primera página.

Todo el mundo se detiene para ver desfilar la comitiva, compuesta casi siempre del mismo personal. Se ven allí en confusión soldados de todos los cuerpos, guardias nacionales, algunos marinos, mujeres de figura inmunda, hombres de blusa y algunos muchachos.

Desde que está terminada la lucha, el espectáculo no tiene la misma importancia; esto es, las cuerdas llevan menos combatientes.

Sobre todo prenden mujeres y chiquillos.

Al ver el encarnizamiento con que los incendiarios continúan su obra execrable, resulta evidente que la operación del incendio de París se había preparado hacia tiempo, y que comprendía un numeroso ejército de viles criaturas, asalariados y pagados por la Commune.

*
**

Otro de nuestros grabados (página 396) dará á nuestros lectores una idea del tipo de mujeres alistadas en ese ejército infernal. Ahí aparecen dos de esas criminales. La una es la mujer abyecta, vestida sórdidamente y sumergida por el vicio en ese fango de las grandes ciudades, cuyo fondo es insondable. Esta es la incendiaria (la *petroleuse*), que anda rodando á lo largo de las calles, que entra con mil pretextos en las casas para arrojar en ellas el petróleo ó la mecha azufrada.

La otra es la mujer que combatía con los insurrectos, y viste como los federados. Además, todos los uniformes eran buenos para ellas. Se han visto muchas que llevaban la chaqueta de los marinos.

La que figura en nuestro dibujo, había tirado en el boulevard de Cliehy un pistoletazo que mató á un oficial é hirió á dos soldados. Marchaba resueltamente en medio del piquete de soldados que la llevaba presa y que la fusiló junto á la calle Cadet.

Con efecto, se ha podido observar que la derrota no había abatido la energía de esa turba salvaje, y la mayor parte de los prisioneros han demostrado ante sus jueces la mas cínica arrogancia. H. V.

Revista Española.

¡Un mes de mayo triste! — Funcion cívica. — Alarma. — La fiesta de San Isidro. — Los portugueses. — Banquete. — Brindis. — Agasajos. — Un drama de Hurtado. — El galán de las gafas verdes. — Un tipo moderno. — Un tranvia. — Una exposicion.

Llegó el hermoso mes de mayo con sus pintadas flores, y para ser verídico tengo que confesar que poco ha sido lo que hemos disfrutado este año de las bellezas de la primavera.

Nuestros ojos estaban fijos en las desdichas de la Francia, y si los apartábamos algunos instantes para fijarlos en nuestra fiesta nacional del Dos de Mayo ó en la popular romería de San Isidro, pronto los tornábamos á París, donde veíamos desarrollarse el drama mas terrible que registra en sus anales la historia de las pasiones de la humanidad.

Ya el *Correo de Ultramar*, testigo ocular de la catástrofe, en palpitantes reseñas y por medio de grabados habrá llevado á vuestra noticia detalles de tan espantosos sucesos.

Pero permitidme que yo desde aquí envíe á esa nación que por tan ruda prueba acaba de pasar la expresión del horror que hemos experimentado, de la piedad que nos inspiran sus dolorosos sacrificios y del deseo que abrigamos de volver á verla aleccionada por el desengaño, siendo no solo la inteligencia, sino también el corazón, el buen corazón de la Europa.

Y ahora pasemos á reseñar la historia pintoresca del mes de mayo en esta corte.

La festividad del *Dos de Mayo* fué conmemorada con funciones de iglesia, y con la procesion cívica que presidió Don Amadeo de Saboya.

Hizo un día hermosísimo, y pasó en medio de la mayor tranquilidad.

Por la noche estuvimos expuestos á presenciar escenas dolorosas.

Habian acordado los individuos de la *Internacional* de Madrid invitar á los extranjeros residentes en la corte á hacer una manifestacion para contribuir á que se olvidase el objeto de la fiesta nacional de aquel día.

La célebre compañía de la Porra, que funciona en Madrid de cuando en cuando, rodeó el café en donde estaban reunidos los manifestantes, y al repartir algunos palos, produjo la consiguiente alarma.

Todo se calmó y se restableció la paz.

La festividad de San Isidro se ha verificado este año con la alegría de siempre.

Las empresas de los ferro-carriles abarataron los precios, y Madrid se inundó de forasteros; pasando de 40,000

los que vinieron, y entre ellos no pocos habitantes de las aldeas que han querido ver de cerca la Torre de Babel.

La romería estuvo animadísima, y afortunadamente fueron escasos los disgustos proporcionados por los abusos gastronómicos.

No se pueden quejar los viajeros: Madrid ha hecho todo lo posible para divertirlos.

Les ha ofrecido la romería de San Isidro, patron de la corte: una corrida de toros, cuyo principal objeto ha sido que los forasteros conozcan á Don Amadeo, colocado en el cuadro mas nacional que ha quedado en España; y para que nada faltase, hasta los ha proporcionado el espectáculo de una crisis iniciada, discutida y salvada con toda la maestría parlamentaria representativa constitucional, que puede pedirse á los señores políticos.

Esto no estaba en el programa; pero bien puede considerarse como un obsequio á los forasteros, y sobre todo á los portugueses que nos han visitado.

Y á propósito... amigas lectoras, los lusitanos deben haber quedado satisfechos.

La prensa liberal y conservadora les ha preparado una verdadera ovacion. Ha habido comisiones para recibirlos, para servirles de cicerones, para prepararles un banquete, y para despedirlos.

La comida se celebró en el palacio del Ayuntamiento, y menudearon los brindis y los abrazos morales.

También hubo versos muy pintorescos. Manuel del Palacio habló del alma, y Santisteban supuso que, de vivir en nuestra época, San Isidro sería federal.

Lo mas extraño es que para el banquete tuvo España que pedir su cocina á Francia. Hubo *consommé printanier*, *croutades á la chasseur*, *saumon á la Chambord*, *filets de bœuf*, *cailles en caisse*, *cotelettes de pigeon*, *dindoneaux*, *asperges*, etc. Los anfitriones debían al menos haber traducido la lista, para que los comensales no se creyeran en el extranjero.

¡Pues qué! ¿No hay en España salmon, chuletas, solomillo, pichones, codornices y espárragos?

He dicho antes que el festivo poeta Manuel del Palacio brindó por la union de almas entre españoles y portugueses.

Á LOS ESCRITORES PORTUGUESES.

Juntos ayer, el indico Oceano
Acometiendo hazañas de titanes
Vió á Pizarro, Cabral y Magallanes,
Meneses y Quirós, Gama y El-Cano.

Juntos dieron su sangre al africano
Cien de nuestros valientes capitanes,
Y juntos lamentaron sus afanes
Dos genios, gloria del linaje humano.

Si ambiciosa y feroz la tiranía
Robaros pudo vuestra dulce calma
En triste edad para la patria mia,

Ya agostado el laurel, seca la palma,
Por otra union brindamos este dia,
La que enlaza, no el cuerpo, sino el alma.

El señor García Santisteban leyó el siguiente romance:

Yo brindo por San Isidro,
Santo plebeyo y vulgar,
Que hoy si no estuviera muerto
Quizás fuera federal.

Que él del vapor en las alas,
Por ser su festividad,
Nos trajo á nuestros hermanos
Que viven en Portugal.

Si muchos milagros hizo,
Milagro mayor hará
Estrechando antiguos lazos
Que no se rompan ya mas.

Fué un milagro de importancia
Dar salida á un manantial,
Que curase calenturas,
Que es el método aleman.

Inventó la homeopatía,
Mas de diez siglos hará,
Que siendo el agua un pretexto,
La fe es la que ha de salvar.

Pero á fe que daba punto
Á su milagrosidad,
Si usando de su influencia
En la Corte celestial,

Alcanzaba del Eterno
Que hubiere ventura y paz,
Buen gobierno y mucho orden
En España y Portugal.

Y cada hermano en su casa
Dijere: Que bien se está;
Por lo amable y lo pacífica
Me gusta la vecindad.

Los hermanos viven juntos,
Cada cual con su caudal
Se aman, se sirven, se abrazan
Y Dios hace lo demás.

Hubo además brindis políticos; pero hago caso omiso de ellos. Lo que deseo hacer constar es que los viajeros portugueses han sido objeto de la mas distinguida atención en todas partes. Despues del banquete asistieron al *teatro de los Bufos*, cuyo empresario facilitó con la mayor galantería las localidades necesarias. El aplaudido actor cómico señor Rossell, en el acto segundo del *Potosí submarino* que se representaba, improvisó las siguientes estrofas:

Á San Isidro,
De Portugal
Vienen personas
De Calidad,
Y en la pradera
Les vi comprar
Muchas rosquillas
De Fuen-Labrá.

Somos hermanos,
Y es natural
Que hoy estrechemos
Nuestra amistad,
Porque supimos
Los dos luchar
Por nuestra patria
Y la libertad.

Al gran Camoens
Se admira acá,
Como á Cervantes
El inmortal.

Vaya un aplauso,
Para acabar,
Á los hermanos
De Portugal.

El público aplaudió y los portugueses salieron sumamente satisfechos del referido teatro, por la galantería con que en él fueron acogidos.

Despues estuvieron en el café de Fornos, en donde también fueron muy obsequiados; y últimamente, se dirigieron al Casino, cuyos socios los recibieron con la mas exquisita finura, poniendo á su disposicion el local, y enseñándoles todas sus dependencias.

Puesto que hemos hablado de un teatro, digamos antes de abandonar la pluma que la verdadera novedad teatral en todo el mes de mayo ha sido la representacion de un drama de Antonio Hurtado, titulado el *Busto de Elisa*.

Ha contado tan bien su argumento uno de los mas distinguidos críticos, que no quiero privaros de su narracion.

«Don Diego Avigarreta, comerciante de Barcelona, dice ha abandonado su casa y su familia per correr á América en pos de la fortuna que no se le muestra propicia.

Al partir, muchos años antes de que principie el drama, dejó allí una esposa jóven, y dos niños de tierna edad, que al llegar la época de su regreso son dos jóvenes gallardos: una linda doncella de diez y ocho años, llamada Elisa; un mancebo de veinte y dos, que se nombra Luis.

Pero cuando el padre está ya cerca, cuando su corazón palpita á la sola idea de abrazar á aquellos seres idolatrados, y para él desconocidos, ¡qué lejos está de imaginar la dolorosa catástrofe que ha ocurrido en su casa!

Una enfermedad de breves dias ha bastado para arrebatarnos del mundo á la pobre Elisa; y al levantarse el telon presenciamos el dolor vivo, agudo, inmenso de la tierna madre y del cariñoso hermano; su incomparable

angustia, al tener que revelar al esposo y al padre, á quien esperan de un momento á otro, la espantosa desgracia que les aflige.

Luis, con voz interrumpida por los sollozos, con acento alterado por las lágrimas, encarga á un escultor el busto de la prenda inestimable que han perdido; y cuando se halla en medio de esta triste tarea, un dolor nuevo viene á destrozar su alma.

¿Quién es la joven que aparece como un ángel descendido del cielo á calmar su amargura y su desesperación? ¿Por qué la madre se estremece al escuchar su nombre; por qué Luis se turba al admirar su belleza; por qué, en fin, los dos temen el efecto que su vista debe producir en el que va á arribar muy luego á la vecina playa?

La pobre huérfana, recomendada por una amiga á la filantropía de la señora de Avigarreta, tiene la misma edad que su difunta hija; es modesta y cuidadosa como aquella, y en fin, se llama también Elisa.

¿Qué han de hacer los dos en aquella difícil coyuntura? ¿Rechazar á la misma á quien habían ofrecido asilo y protección? ¿Burlar el sublime deseo de la muerta, que se gozaba á la sola idea de recibir como hermana á la desvalida niña? La madre y el hijo la abren tierna, amorosamente los brazos: la una cree que es una compensación y un consuelo que la Providencia la envía; el otro experimenta una sensación inexplicable y misteriosa; ambos sueñan con lo pasado y con lo porvenir; ambos sonríen, ellos que antes lloraban amargamente.

La infeliz madre, distraída un momento de su dolor, quiere que la joven entre en el cuarto de su hija, donde todo está como cuando vivía; que se ponga un traje que don Diego le mandó de la Habana, y que la difunta no estrenó siquiera; en una palabra, desea hacerse por breves momentos la ilusión de que no ha ocurrido la irreparable desgracia que lloran.

En este punto un criado, que le precede á corta distancia, viene á anunciar la llegada de Avigarreta, y en seguida se precipita él mismo en los brazos de su esposa y de su hijo.

— ¿Y Elisa? ¿Y Elisa? pregunta á aquellos, que se miran sin atreverse á contestar.

— ¡Se está vistiendo! murmura él.

— ¡Luego vendrá! balbucea ella.

¿Cómo ha de atreverse ninguno á decir la espantosa verdad?

Pero no se calma así el vivo anhelo, el ardiente afán del padre.

— ¡Elisa! ¡Elisa! grita: ¿Dónde estás? ¡Ven aquí! ¡ven aquí!

— ¿Quién me llama? responde la huérfana ataviada ya con el regalo de don Diego, presentándose en la escena.

Aquel la estrecha entre su pecho, y ¿quién sería capaz de dar un golpe mortal al corazón que se goza en el placer de que vivió privada tanto tiempo?

Desde el primero al segundo acto transcurre un mes: continúa la piadosa mentira que hace la felicidad de todos: la madre que disfraza su luto á la llegada del feliz esposo, lo ha desterrado enteramente, sus ojos están secos; sus labios sonríen: su mano se posa blandamente sobre el hombro de la joven: Luis no ha sufrido una metamorfosis menos grande; ya no llora; ya no está triste; ya no habla á cada instante de su adorada hermana; y en cuanto á don Diego, absorto, embelesado con los encantos y talentos de su hija, no le es posible apartarse de ella.

¿Qué vá á ser de todos cuando sea necesario descubrir la horrible realidad?

Y el momento no debe hallarse lejano; porque de pronto se presenta un tal San Martín, amigo y protector de don Diego, y á quien es deudor este de la mayor parte de su fortuna.

Elisa produce en él idéntico efecto que en los demás; es decir, que le seduce, le subyuga y le fascina. Siendo demasiado viejo para solicitar su mano, la pide para su hijo único, que se tendrá por muy feliz en recibirla.

Entonces sucede lo que ha sospechado desde el principio el espectador: el afecto que Luis demuestra á Elisa no es puramente fraternal, sino una pasión honda, violenta, irresistible, la cual se manifiesta y aparece en toda su grandeza á impulsos de otro sentimiento impetuoso: el de los celos.

Aquí, añade el crítico, el autor ha tenido la habilidad y el talento de hacer brotar algunas situaciones cómicas del fondo de aquel asunto lúgubre y sombrío. Elisa, que también ama á su supuesto hermano, alega para no casarse con el hijo de San Martín, que no gusta de mancebos de pocos años; y el pobre anciano, dejándose dominar por su secreta inclinación, se ofrece á reemplazarle.

Mientras, no ha pasado desapercibido para don Diego el vehemente cariño de sus hijos, y una idea terrible cruza por su mente. ¿Se amarán los dos hermanos?

Desde entonces los sigue, los acecha, los espía; y por último, sorprende á Luis á los pies de Elisa.

No es ya posible fingir por mas tiempo; es indispensable que los jóvenes se justifiquen, que digan toda la verdad.

Cuando van á ejecutarlo, se presenta el mismo escultor á quien vimos en el primer acto: trae el busto de Elisa, y al pie el nombre y la fecha del fallecimiento de esta.

Don Diego comprende lo que ha pasado, y llora la hija, que no ha conocido en los brazos de la que conoce y ama tanto.

Hasta aquí la narración prestada: confesad que está

hecha con la elocuencia necesaria para conmover vuestra alma aun sin haber visto ni leído el drama.

El asunto es original, interesante y patético.

Poncio ha conquistado un nuevo triunfo á su inspirado autor.

En los demás teatros han terminado las temporadas cómicas con obras del repertorio.

Nada notable, nada digno de especial mención.

Debo sin embargo dar cuenta de un brillante ensayo de ópera nacional que se ha llevado á cabo.

Una sociedad de músicos buscó protectores para realizar su idea de crear aquí la ópera nacional y á fuerza de constancia han visto coronados sus esfuerzos.

Dos óperas de compositores españoles interpretados por artistas españoles también se han puesto en escena; titúlense: *Don Fernando el Emplazado* y *Una Venganza*.

La temporada de la ópera italiana concluyó á principios de mayo.

Son curiosos los siguientes datos estadísticos:

El Teatro Real se abrió la noche del 29 de octubre de 1870, y se ha cerrado la del 26 de abril de 1874.

En esos seis meses próximamente se han dado en él 420 funciones de abono y dos extraordinarias, poniéndose en escena 47 óperas, la misa de Rossini, un concierto sacro, y siete funciones variadas ó centone, según las llaman los italianos.

Véase ahora las representaciones que han tenido cada una de esas 47 óperas.

El Barbero de Sevilla, 44; *Marta*, 44; *Lucia de la Mermore*, 40; *Matilde de Shabran*, 6; *Nabuco*, 6; *La Favorita*, 2; *Saffo*, 8; *Fausto*, 4; *Roberto el diablo*, 4; *El Trovador*, 4; *Poliutto*, 9; *Linda de Chamounix*, 3; *La Africana*, 5; *La Sonámbula*, 7; *Rigoletto*, 7; *Marina*, 9; *Hernani*, 4; y la *Misa de Rossini*, 4.

De aquí resulta que se ha ejecutado 24 noches música de Donizetti; 21, de Rossini; 21, de Verdi; 44, de Flotow; 9, de Meyerbeer; 9, de Arrieta; 8, de Paccini; 7, de Bellini, y 4, de Gounod.

Poco ó nada puedo hablar de salones; están cerrados.

Sin embargo, en un gabinete elegante oí anteanoche referir á un hombre de mundo en estos términos una curiosa anécdota.

— Me piden ustedes, decía á unas señoras, que les cuente por qué fué un caballero el juéves último, á la Fuente Castellana con un par de enormes gafas verdes. Los que en efecto le vieron por la tarde de esta manera, y luego por la noche le encontraron en el *Teatro de la Alhambra*, donde se aplaudió por cuarta vez la ópera *Don Fernando el Emplazado*, con sus ojos de siempre, sin la menor huella de oftalmía, han creído ver en esto algún misterio. Sin embargo, nada mas inocente y natural.

— Veamos el misterio de esa metamorfosis.

— La casualidad representada por un amigo benévolo y digno de la mas alta gratitud, hizo saber al héroe de esta historia que una linda y caprichosa mujer, por quien tenía la excusable debilidad de suspirar, habia manifestado que si él fuese capaz de exhibirse en público con unas gafas verdes y pasar á su lado, seria ella menos cruel de lo que hasta entonces habia parecido. Como el galán tenia ya puesta la venda del amor, no vió por de pronto, que con aquellas gafas de viaje, estaba mas feo que de costumbre; se las puso, y con ellas sobre las narices dió la vuelta dos veces desde la casa de moneda hasta la vaquería del obelisco.

Todo en vano: la bella no habia ido aquella tarde y no pudo apreciar la abnegación de su complaciente adorador; pero en justicia este tendria derecho á una indemnización por daños y perjuicios.

El personaje en cuestión, joven de la mas escogida sociedad se ha quedado con el nombre del de las gafas verdes.

— Pero, ¿por qué ha querido Vd. que fuera de ese modo á la Castellana? preguntaron á la deidad.

— Por complacerle.

— ¿Es posible?

— Quería esperanzas.

— Ya...

— Y para que lo viera todo verde deseé que se caiera las gafas.

Confesad que algunas bellas son muy crueles.

A falta de otro punto y siguiendo mi costumbre de daros á conocer de vez en cuando los tipos de mas actualidad ó sea una humilde segunda edición de los españoles pintados por sí mismos, voy á regalaros la fotografía del tipo que mas en boga se halla, el diputado cunero.

Aunque os choque el calificativo, al final lo comprendereis.

Llegó á Madrid, Dios sabe cómo, pero provisto de una carta de recomendación para un personaje político que fué muy atendida, porque el firmante de ella habia dispensado favores electorales al que destinaba para Mecenades de su recomendado.

A las tres ó cuatro visitas no contentándose con promesas, expuso al personaje su triste situación, y este no halló otro medio de aliviarle que ofrecerle la plaza de corrector de pruebas, con 6 reales diarios, de un periódico que inspiraba.

La política es una serie de círculos concéntricos.

En torno del jefe del Estado giran unos cuantos astros luminosos; en torno de cada uno de estos astros giran otros satélites, y esta operación se repite hasta el portero de la oficina, en torno del cual giran los aspirantes á una parte del presupuesto.

El personaje á quien nuestro tipo viene recomenda-

do era un planeta de segundo orden, pero estaba en camino de hacer carrera, y su foco era un periódico de oposición.

Aunque inspiraba dicho periódico, solo escribía los artículos de compromiso, y el corrector de pruebas, mozo listo, circunstancia sin la cual no podria pasar de este empleo, procuraba que los artículos de su protector saliesen sin erratas y se constituía en panegirista de ellos.

— ¡Cómo se conoce que ha escrito Vd. hoy! decía á su protector; los demás días se cae el periódico de las manos; pero lo que es el número que acabo de corregir, causará sensación.

Estos elogios, repetidos continuamente, hacían exclamar al Mecenades:

— ¡Qué listo y que simpático es el corrector! En cuanto lleguemos al poder, es necesario hacer algo en su obsequio.

Por este camino llega á gacettillero del periódico; escribe despues sueltos; mas tarde artículos de fondo; hace la corte á su protector; ofrécese á desempeñar todo género de comisiones; brindase á ser gratuitamente su secretario particular; distrae los ocios del personaje refiriéndole todos los episodios de la crónica escandalosa que llegan á su noticia, los chistes mas sangrientos que se han pronunciado durante el día contra sus enemigos; logra ingerirse en sus interioridades, y acaba por formar en su estado mayor.

Cuando el Mecenades llega, por sus pasos contados, á jefe de fracción y se presentan unas elecciones, el instinto de conservación y la práctica del sistema representativo, le aconsejan que lleve al Parlamento el mayor número de diputados posible.

Cuando está en la oposición, harto hace con sacar á salvo su candidatura, triunfo que es casi siempre producto de transacciones vergonzosas; pero cuando está en el poder se acerca al ministerio y le dice:

— Si yo he de dar mi apoyo al gabinete, necesito tantos distritos.

Si es buen orador, si es temible por su habilidad, si el gobierno quiere tenerle contento, le dá letra abierta en los distritos que elige, y el ministro encargado de las elecciones se limita á decir á los gobernadores de la provincia elegida por el jefe influyente:

— Hagan ustedes todo lo que mande Fulano. Y en lo sucesivo se entiende directamente con ellos.

Entonces es cuando el joven listo que ha cultivado su carrera paso á paso con una humildad y perseverancia asombrosas, reclama el premio de sus servicios á cambio de una obediencia ciega, consigue que los electores cecos y cándidos, dirigidos por un cacique que recibe la inspiración del jefe de fracción, conozcan su nombre, ignorado hasta entonces, se depositen en él toda su confianza para que le representen en el Congreso de los Diputados.

Este éxito que alcanzan las candidaturas de los hombres desconocidos es quizás lo que mas daño ha hecho al parlamentarismo.

En efecto, se necesita toda la candidez y todo el egoísmo de los que contribuyen á hacer las elecciones, para otorgar amplios poderes á un hombre á quien ni siquiera conocen de vista, abdicando sus derechos á la decantada participación que la Constitución concede á los ciudadanos en el gobierno del Estado, á cambio de unas cuantas credenciales ó del placer de recibir una carta de un personaje político brindando su amistad á un cándido elector.

Esto es peor que vender el derecho de primogenitura por un plato de lentejas.

La cara deberia caérseles de vergüenza, á los que sin conocer siquiera el lugar que ocupan en el mapa los pueblos que le eligen, se atreven á llamarse sus representantes en el Palacio de las Cortes.

Sin embargo, apenas el gobierno posee el visto bueno á la candidatura, el gobernador se convierte en agente electoral del diputado cunero.

Escribele cartas afectuosísimas; indícale el número y la calidad de los favores que debe hacer para salir triunfante, y cuando el jefe de fracción vá por las noches al ministerio lleva 30 ó 40 notas pidiendo otros tantos destinos que le reclama su protegido para los que trabajan en su elección.

Por regla general, no van los diputados cuneros al distrito. Esto lo hacen sin duda para no adquirir compromisos, toda vez que el objeto que le mueve á tener voz y voto en el Congreso no es otro que el de poder apoyar al gobierno que le da asiento en el festin del presupuesto ó combatir al que les niegue esta satisfacción.

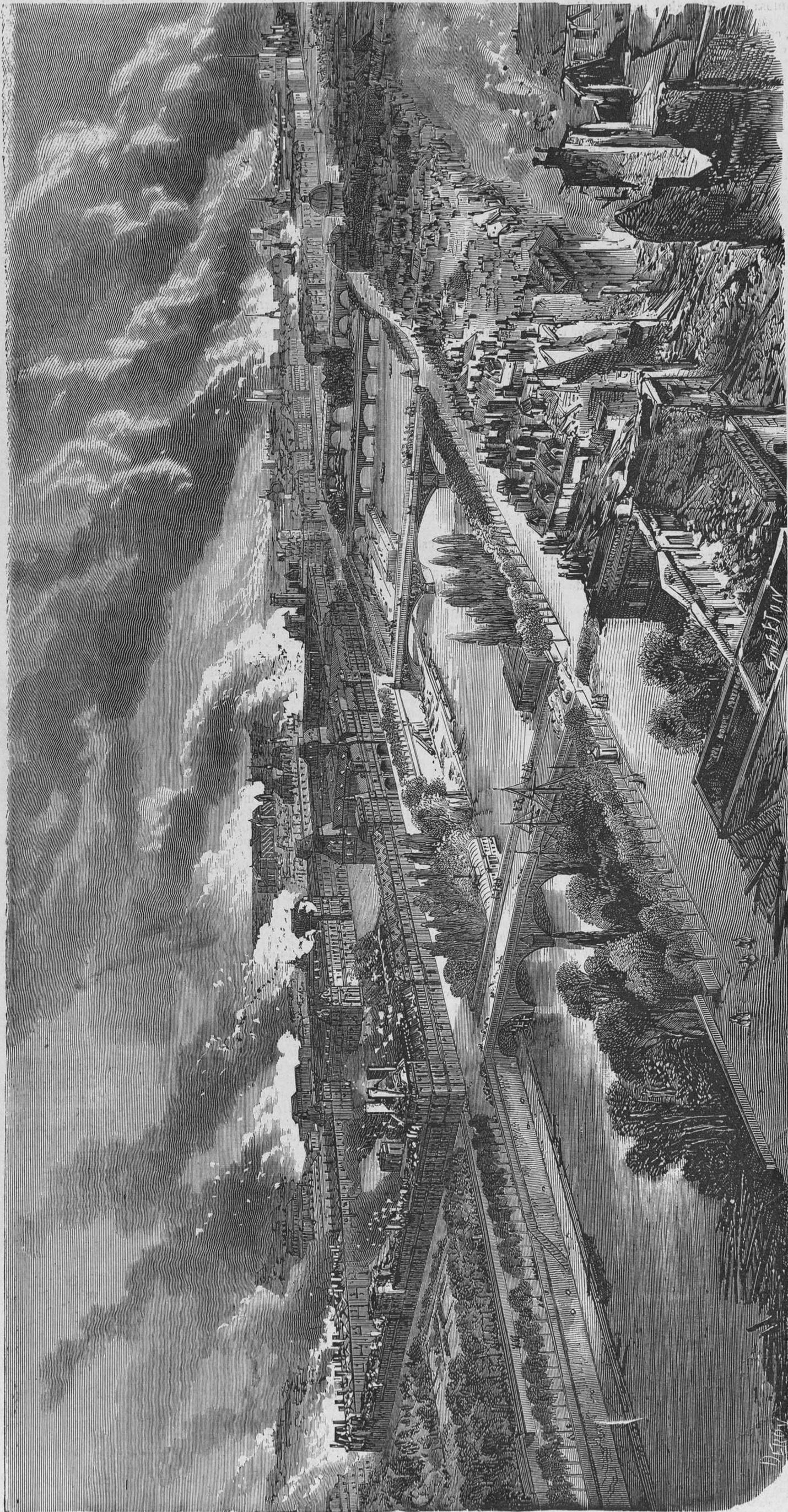
Crean mas oportuno hacer el negocio por cartas, convencidos de que la distancia servirá para aumentar su pequeñez.

Alguno que otro, sobre todo cuando se siente con ánimos para ser verdadero hombre político, va al distrito, aprovecha la ocasión para adquirir buenas relaciones en él, y proponiéndose en las nuevas elecciones transformar el distrito prestado en distrito natural, se convierte en verdaderas sanguijuelas del presupuesto y llevan de destinos á los que en otra ocasión pueden votarle.

El diputado cunero que observa esta conducta se sale de los límites de mi cuadro.

Yo hablo solo del que se presta á ser instrumento de una fracción ó de un gobierno y viene al Congreso á decir que sí ó á decir que no, según lo manden sus jefes inmediatos.

¡Plantas parásitas del sistema representativo, contribuyen á la tiranía del número, mas insensata y perturbadora que la tiranía de un hombre!



PARIS. — Incendio de Tullerías en la noche del 23 de mayo.

Ellos han fomentado las desdichas de la patria con solo poner su peso al lado de cualquiera de los gobiernos despóticos, bajo la máscara de libertad, que han ocasionado los trastornos y los conflictos en que estamos sumidos!

Sin voluntad propia, sin otro distintivo que la librea de esa sociedad anónima que se llama política, con sus afirmaciones ó negaciones, con su voracidad para chupar la sangre mas pura y productiva de la nacion, han sido la langosta de la patria.

Verdad es que no tienen ellos la culpa, sino los pueblos que, en cambio de mercedes ilegítimas y desastrosas, han favorecido su desarrollo en la esfera política, dándoles una vida que de otra manera no hubieran podido adquirir.

Conviene conocer á estos tipos para que Dios nos libre de ellos.

Son el resultado de la política que no tiene fe mas que en el logro de las ambiciones personales.

Hoy dia 31 de mayo se ha inaugurado en Madrid el *Tran-vía* ó ferrocarril de sangre que une con el centro de la córte el barrio de Salamanca situado en las afueras, pero habitado por familias muy distinguidas.

La inauguración ha sido muy solemne.

Ha habido un gran almuerzo, un abundante refresco por la tarde, música todo el dia y una verdadera inundación de curiosos.

Tambien se halla abierta una exposicion industrial que aunque sin pretensiones, revela que á pesar de las luchas políticas en que vivimos, las artes buscan y obedecen la ley del progreso.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1871.

Paris ardiendo.

El mártis 23 de mayo, cuando los ciudadanos pacíficos vieron por la noche en medio del horror de la batalla, las primeras columnas de humo del incendio, una angustia indecible comprimió los corazones dejando á la poblacion muda de espanto.

— ¡Fuego! ¡fuego! tal fué el grito general.

La obra infernal se revelaba; la Commune queria quemar Paris. ¿Y cómo dudarlo?

Comenzada en el barrio de la Magdalena, la infame operacion se iba desarrollando á medida que la insurreccion se acercaba á la fortaleza de la Commune, que era el Hotel de Villa.

Despues del barrio de la Magdalena, el del Palacio Real, el de los Mercados, y por ultimo, el del Hotel de Villa.

Cada una de las zonas de la resistencia se iba encendiendo, cuando la resistencia concluia.

Los incendios llegaron á formar sobre Paris una atmósfera uniforme de negro humo por entre la cual se abrian paso las columnas de fuego de las casas entregadas á las llamas. Parecian rios de fuego que desembocaban en una mar de humo.

En la noche del 24 al 25 el horror del espectáculo llegó al colmo. No habia aire que respirar, era imposible abrir la boca sin tragar humo con chispas y papel quemado.

Ya lo hemos dicho en este periódico; solo la rapidez de la victoria preservó á Paris de una destruccion completa. Un dia mas de resistencia y todo el centro de Paris habria llegado á formar un brasero inmenso.

El fuego no pudo apagarse hasta tres y cuatro dias despues y lo



PARIS. — Incendio del Hotel de Villa en la mañana del 24 de mayo.



PARIS. — Incendio del Tribunal de Cuentas y de la Legion de Honor en la noche del 23 de mayo.

bomberos han hecho un trabajo verdaderamente sobrenatural, teniendo que desplegar en él mucha energía y mucha inteligencia.

El día en que los habitantes pudieron salir á la calle, la impresion fué terrible. Por todas partes habia ruinas, se andaba sobre vidrio molido, pues habian caido hechas pedazos todas las vidrieras. Las calles estaban sembradas de cascotes de bomba, de tejas, de yeso y de objetos quemados, todo el mundo se lamentaba en presencia de tan horrible espectáculo.

Dejamos dicho que la obra de incendiar á Paris era premeditada, y para probarlo citaremos entre otros testimonios, la siguiente orden que se ha encontrado sobre la persona de Delescluze :

« El ciudadano Milliere, á la cabeza de 150 coheteros, incendiará las casas sospechosas y los monumentos públicos de la orilla izquierda del Sena.

El ciudadano Dereure, con 100 coheteros, está encargado del 1º y del 2º distrito.

El ciudadano Billioray, con 100 hombres, está encargado de los distritos 9º, 10º y 20º.

El ciudadano Vesinier, con 50 hombres, está encargado especialmente de los bulevares, de la Magdatena á la Bastilla.

Estos ciudadanos deberán entenderse con los jefes de barricadas para asegurar la ejecucion de estas órdenes. Paris 3 prarial año 79.

Delescluze, Regere, Ravnier, Johannard, Vesinier, Brunel, Dombrowski. »

Nada mas terminante. Los coheteros de la Commune no han podido ejecutar completamente su espantosa obra; pero desgraciadamente han hecho ruinas espantosas.

Hé aquí la horrible nomenclatura de los edificios públicos destruidos, en todo ó en parte, por el fuego :

Las Tullerías, de cuyo palacio solo quedan las paredes maestras de piedra de sillería.

El Palacio Real.

La Prefectura de policía.

El Hotel de Villa.

La Legion de Honor.

El Consejo de Estado.

El Tribunal de Cuentas.

El Ministerio de Hacienda.

El Granero de abundancia.

El Teatro de la Puerta de San Martin.

El Teatro Lírico.

La Caja de Depósitos y Consignaciones.

Nuestros lectores tienen conocimiento ya de todos estos incendios; pero no obstante debemos insistir en los pormenores parciales de ellos, á fin de que se comprenda mejor la obra de nuestros dibujantes.

LAS TULLERIAS.

Los monstruos que pegaron fuego al palacio de Tullerías tuvieron que vencer muchas dificultades para lograr sus fines.

Testigos oculares han podido dar fe de los multiplicados esfuerzos á que debieron entregarse los hombres encargados de tan horrible tarea. Veinte veces volvieron á la carga con toneles de petróleo, y veinte veces el fuego se apagaba así que se consumía el aceite.

Los incendiarios llevaban pantalones y blusas de lienzo gris, algunos tenian en la cabeza un kepi y otros una gorra de marinero. Estos hombres formaban parte del cuerpo franco de incendiarios con el nombre de *Compañías de coheteros*.

La última hora que dió el reló de Tullerías fué la una y media.

EL HOTEL DE VILLA.

El incendio del Hotel de Villa comenzó en la mañana del miércoles. Una inmensa nube negra que el viento llevaba hacia Saint-Denis dió á conocer á la poblacion esta nueva desgracia.

Se afirma que muchos insurrectos que se hallaban en el Palacio municipal en el momento del incendio y que no podian salir, cercados como lo estaban bajo la lluvia de proyectiles que caian en las inmediaciones del edificio, perecieron víctimas de su propio crimen. La llama les ha consumido. No nos atrevemos á decir la cifra enorme de esos miserables que perecieron en aquella hoguera.

El día siguiente, voló un polvorin del Hotel de Villa, poniendo en conmocion á todas las casas del barrio. Hoy el Hotel de Villa no es mas que una inmensa ruina.

LOS PALACIOS DEL TRIBUNAL DE CUENTAS Y DE LA LEGION DE HONOR.

Nada mas horrible que el espectáculo que presentaba el muelle de Orsay, donde habia una serie de palacios ardiendo al mismo tiempo.

El pabellon de la Legion de Honor, el Consejo de Estado y el Tribunal de Cuentas, el Cuartel de Orsay y la Caja de Depósitos y Consignaciones han quedado casi completamente destruidos por el fuego de la Commune.

EL TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN.

Una cuadrilla de insurrectos invadió las casas que se encuentran entre los teatros de la Puerta de San Martin y del Ambigu, y como los habitantes se negaran á permitir que los insurrectos se posesionaran de los cuartos y de los balcones para hacer fuego á la tropa, hubo un degüello espantoso en el que perecieron muchas mujeres y muchos niños.

Seguidamente aquellos criminales prendieron fuego á las casas, en tanto que otros incendiaban los dos teatros.

Tres días duró este incendio que ha dejado el Teatro de la Puerta de San Martin y las casas adyacentes, en el estado en que aparece en nuestro dibujo.

Revista de Paris.

Los acontecimientos que acabamos de presenciar en Paris no son de los que se olvidan fácilmente. A pesar de la propension tan marcada que tiene el pueblo francés á cambiar pronto de impresiones, sobre todo cuando estas son de una naturaleza aflictiva y terrible, á pesar de que los fugitivos de los tiempos de la Commune se apresuran á regresar á esta poblacion tan deseosa de recobrar la vida y el movimiento, Paris se resiente mucho aun de los trastornos ocasionados por la guerra civil, que ha dejado en pos de sí tantos dolores y tantas ruinas. No hay ni puede haber otro pensamiento que no se refiera á los sucesos ocurridos. Además, los escombros están ahí atestiguando hasta qué punto esia ciudad, tan llena de monumentos grandiosos, artisticos y de utilidad pública, se ha visto amenazada de una destruccion sin pretexto ni excusa. ¿Qué fruto podia sacar la resistencia de esos incendios que dejaba en pos de sí, cuando ya su posicion era insostenible? Y las casas particulares, ¿qué tenian que ver con la lucha? ¿No bastaba desalojar de ellas á los habitantes y ocuparlas, sino que despues se habia de pasear en las destrozadas habitaciones la tea incendiaria, ó derramar en ellas barriles de petróleo? Un atentado de esta naturaleza no se concibe, ni se explica.

¡Qué de episodios en esta historia lúgubre!

En los primeros días, en medio del fragor de la batalla y de las llamas de los incendios, todo lo que era detalle desaparecia; pero ahora es distinto: los episodios de la lucha y del fuego se van poniendo en claro, y constituyen cuadros horrorosos.

¡Qué suerte la de los habitantes que se encontraron al alcance de los combatientes!

Una aventura entre otras refieren los diarios, que daremos á conocer á nuestros lectores, porque seguramente ofrece una idea fiel de las terribles escenas á que todos hemos estado expuestos.

Un jóven artista habitaba enfrente del cuartel del Principe Eugenio, una de esas grandes casas que han sido completamente destruidas por las bombas y el incendio.

En el momento en que la pelea se habia empeñado en torno de la plaza del Chateau d'Eau, la casa en cuestion no habia recibido todavía mas que un proyectil que habia roto una ó dos paredes del último piso.

Sin embargo, los habitantes todos de la casa bajaron á refugiarse en la cueva.

Solo el artista, cuya fortuna consistia en varios cuadros de valor, se habia quedado en su cuarto reuniendo los lienzos para ponerlos á cubierto de la destruccion, cuando hé aquí que una cuadrilla de federados invade la casa y le obliga á marchar al refugio de sus vecinos.

Los invasores, que parecian presa de la mas viva excitacion, cierran tras él la puerta de la cueva, diciendo que al que intente salir le pegarán un tiro.

No hubo mas remedio que obedecer.

Los pobres habitantes ni siquiera obtuvieron permiso para subir á sus cuartos á buscar víveres para el caso en que se prolongara su cautiverio.

Dos ó tres de ellos que estaban en el primer escalon, con el ojo aplicado á la cerradura ó á los resquicios de la puerta, espionando lo que los invasores estaban haciendo en la casa, no tardaron en ver y oír á un grupo de mujeres que entraban en el portal y subian precipitadamente la escalera.

Todas aquellas mujeres llevaban unos cubos pequeños llenos de una esencia de olor muy fuerte y unas brochas; seguidamente las vieron que untaban los suelos y las paredes con aquella esencia, á fin de preparar el incendio. Cuando terminaron su criminal tarea, las reemplazaron unos hombres que sucesivamente fueron prendiendo fuego en todos los pisos, comenzando por los mas altos, y que por fin abandonaron la casa, despues de haber dicho á los presos en la cueva, como una gracia, que iban á tener mucho calor y que por lo tanto trataran de proporcionarse refrescos.

El artista fué el primero que salió del sótano, y corrió á

su aposento al través de las llamas que devoraban ya la escalera.

Sus cuadros comenzaban á correr peligro.

Sin embargo, aun tuvo tiempo de llevar tres ó cuatro lienzos á la cocina para regarlos y envolverlos en paños mojados, de cuyo modo los bajó á la cueva.

Los demás inquilinos quisieron á su ejemplo salvar lo mejor que poseian, pero ya era tarde; la escalera ardia completamente.

Entonces trataron de salir á la calle; imposible tambien: las balas y las bombas llovian en la plaza.

A mayor abundamiento, algunos federados amenazaron con hacer fuego á los fugitivos, y estos corrian otra vez á la cueva, en donde corrian el peligro de morir asfixiados.

Afortunadamente, la intensidad del incendio disminuyó antes de haber llegado al piso bajo, y así fué que no se hundió la bóveda de la cueva; mas es fácil figurarse cuáles pudieron ser los padecimientos y las angustias de aquellos desdichados, encerrados por espacio de veinte y cuatro horas bajo los escombros de su casa, en medio del estrépito infernal que producian las detonaciones incesantes de los cañones, las bombas, las ametralladoras y los fusiles.

Hallábase en el colmo de la desesperacion, cuando de repente un hombre, con el rostro negro de la pólvora, se precipita por la escalera y cae en medio de ellos.

Era un guardia nacional perseguido por la tropa.

Los soldados penetran detrás de él en la cueva, le apresan y le fusilan en el acto.

El artista, sobrecogido de horror, pero creyéndose libre en fin, se levanta y dirige algunas palabras á los soldados; pero aquellos hombres, excitados por la lucha, viéndole pálido, desenchajado, cubierto de polvo y con los vestidos medio quemados por las llamas que encontró en la escalera al bajar sus cuadros, le miran, y uno de ellos exclama:

— Es un insurrecto, apoderaos de su persona.

El desdichado artista no comprende al pronto lo que aquellos quiere decir; mas los soldados le prenden, le arrojan al suelo y luego le arrastran sin hacer caso de sus gritos ni de las protestas de los inquilinos, horrorizados con aquella escena.

En la calle el preso trata de hacer comprender á un oficial que es víctima de un error deplorable.

— Todos dicen lo mismo, contesta el capitán, lleváosle.

Y los soldados, que lo toman por un rebelde, le empujan adelante, prometiéndole una muerte pronta.

Dirigense con él hacia la alcaldía del Banco, adonde les habian ordenado que le llevaran; y por todo el camino, lo mismo los hombres que las mujeres y los chicos, gritan á los soldados que le fusilen, que no vayan mas lejos, que es un jefe de banda.

El cabo que manda la escolta, perseguido por aquellos clamores, parece querer seguir los consejos de la turba; se detiene, consulta á sus hombres, y brutalmente da un empujon al artista y le apoya en una pared de la calle Turbigo para fusilarle, lo cual hubiera sucedido sin la intervencion de un oficial, que despues de haber reconvenido á la muchedumbre mandó á los soldados que llevasen al prisionero á presencia del preboste.

El artista pasó toda la noche de aquel terrible día tendido en el patio del Banco, y en la mañana siguiente fué conducido ante el tribunal marcial del Chatelet. Mas aquí tambien la espresion de sus facciones contraidas por la fatiga y la angustia, el desorden de sus vestidos manchados, quemados, hechos pedazos, la incoherencia de sus contestaciones y la violencia de sus protestas, hicieron que sus jueces le condenaran.

¡Horrible situacion! Su turbacion llegó á tal punto, que vino á faltarle la memoria.

No podia acordarse de los nombres de sus mejores amigos, cuyo testimonio queria invocar en tan terrible trance.

Por fortuna, de repente descubrió un rostro conocido, un oficial de estado mayor que era amigo suyo.

Arroja un grito, se da á conocer y se desmaya.

Algunos instantes despues se hallaba en libertad y se reunia con su esposa medio muerta de terror con el peligro que habia corrido aquel infortunado.

Desgraciadamente no todas las historias de este género han tenido el mismo desenlace, sino que ha habido víctimas que han pagado con su vida los errores concebibles en los primeros momentos de la lucha.

Entre ellas se cita á un jóven de veinte años, M. Faneau, doctor en medicina.

Desde el principio de la guerra el doctor Faneau habia prestado los servicios de su profesion en los hospitales de sangre, cuidando de día y de noche á los heridos, y saliendo á recogerlos á los campos de batalla.

Cuando sobrevino la insurreccion del 18 de marzo, el doctor Faneau continuó sus servicios lo mismo que antes.

Llega el 25 de mayo, y en ese día se encontraba en el gran seminario de San Sulpicio, donde los guardias nacionales habian establecido una ambulancia.

Las tropas se apoderaron de las barricadas adyacentes, y llegan á la plaza. Una compañía de línea se presenta á la puerta del seminario, y el oficial que la mandaba pide que salga el jefe del establecimiento.

Inmediatamente sale el doctor Faneau.

— ¿Hay aquí federados? pregunta el oficial.

— Sí, señor, pero son heridos y están en la ambulancia hace ya algunos días, contesta el doctor.

Y á punto que acababa de hablar así, se oye un disparo por una de las ventanas del piso principal, y cae herido un soldado.

El oficial, exasperado, se arroja sobre el doctor Faneau, exclamando:

— Estais mintiendo, nos habeis tendido un lazo, sois amigo de esos bribones, y vais á morir.

El doctor Faneau comprendió que en vano trataría de justificarse, y así fué que no opuso la menor resistencia á los hombres encargados de su ejecucion.

Algunos minutos despues moria fusilado.

El doctor Faneau, asegura el periódico de donde tomamos esta terrible historia, lejos de simpatizar con la Commune, no deseaba otra cosa que el triunfo del gobierno legal y el restablecimiento del orden.

Repetimos que no son de extrañar estos crueles y deplorables errores, en momentos tan espantosos.

Por desgracia estos errores no tienen reparacion posible; pero hay otros que no se encuentran en el mismo caso, y que se rectifican cada dia.

Por ejemplo, se ha dicho que en la insurreccion de Paris el número de extranjeros ascendia á un total extraordinario; hay quien afirma que habia 53,000 extranjeros en las filas de los soldados de la Commune.

Nada menos cierto; parece ser que la intervencion de la gente extraña en tan deplorable insurreccion, se limitaba á 600 ó 700 polacos, 76 italianos y 3 españoles. No diremos que son pocos, al contrario, todos están de mas en esa lucha fratricida de franceses contra franceses; pero lo cierto es que comparado con lo que se decia y con las fuerzas nacionales de la insurreccion, el elemento cosmopolita entraba aquí por muy poca cosa.

Sin embargo, debemos añadir que personas que tienen motivos para estar bien informadas, han hecho declaraciones terminantes en el primer sentido, que han producido tambien negaciones no menos oficiales.

M. de Bismark ha pronunciado un discurso en el Parlamento, asegurando que en la insurreccion de Paris se contaban hasta 8,000 ingleses.

Esta afirmacion ha dado lugar á un incidente en la sesion del 9 de junio en la Cámara de los Comunes.

M. J. Hamilton preguntó al ministro si era cierto que en las filas de la insurreccion de Paris habia tantos miles de ingleses como se habia dicho en el extranjero; y lord Enfield contestó que en vista de la afirmacion de M. de Bismark, lord Lyons habia dado los pasos oportunos á fin de conocer la verdad.

Ahora bien, segun las noticias del embajador, la cifra es inexacta, y el número de insurrectos ingleses debe contarse por docenas, no por centenares. Solo un inglés ha sido hallado en las filas de la guardia nacional, y en cuanto á los prisioneros no parece que haya mas de quince á veinte.

De estos, cuatro han salido ya á la calle y dos han sido enviados á Brest. El gobierno inglés cuenta con que todos ellos serán puestos en libertad, excepto un mozo de doce años llamado Roberto Lowe, á quien apresaron con una pistola en la mano haciendo fuego contra las tropas de Versalles. El gobierno francés se ha negado á soltar á este pilluelo, porque en la insurreccion de Paris se cuentan muchos de su misma edad; pero ya han cesado las ejecuciones sumarias, y por lo tanto Roberto Lowe será juzgado por los mismos jueces que sus compañeros.

Seria de desear que todos los gobiernos averiguasen con el mismo empeño que el inglés, cuántos han sido sus nacionales respectivos que han tomado parte en la guerra civil para rectificar los primeros datos sobre la parte tan excesiva atribuida en la insurreccion á los extranjeros de todas las naciones.

Ahora lo que esperamos respecto á los ingleses, es la réplica de M. de Bismark, pues no puede concebirse que haya lanzado en la tribuna del Parlamento germánico una acusacion tan formal, sin tener informes que la acrediten. Todo esto se irá poniendo en claro á medida que la justicia francesa tenga tiempo para reconocer y juzgar á los delincuentes que se hallan en sus manos.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

SAFICOS.

Á LA TIERNA ESPOSA.

Cándida esposa que en el muelle lecho
En dulce calma del amor reposas
Hoy la ternura de tu afecto ardiente
Plácida goza.

No los encantos de placer tan puro
Ni del cariño la envidiable gloria,
No de tu mente con fatal presagio
Turbes ahora.

Salve, salve, ¡oh mujer! esposa tierna,
Amor primero de mi edad dichosa
Recibe el canto que mi triste lira
Humilde entona.

Al tierno imperio del amor rendido
Sus dulces dichas amorosa agota;
Que hoy el destino á tu anhelar benigno
Brinda la copa.

Mujer divina, que del almo cielo
Eres sublime y escogida obra,
Feliz yo fuera si tu faz vieses
Encantadora.

Los goces todos de mi amar ferviente
La dura suerte me robó en un hora
Y los encantos de mi vida huyeron
Cual rauda bóreas.

Ora felice en deliciosa nudo,
En calma puedes existir dichosa
Á los halagos de tu esposo tierno
Que fiel te adora.

¡Ah! de tu suerte mi ardoroso anhelo
Se queja y gime... y tu favor implora.
Cuando entre sueños de amorosa dicha
Vives absorta.

Veloz el tiempo desde el negro dia
En que yo te perdí, pasó señora...
Mas lenta el alma su corriente vido
Y perezosa.

Dichoso yo si entre ilusiones gratas
Gozar pudiera, como tú, las glorias
Tiernas de amor que en delicioso yugo
Pruebas ahora.

Vives ausente de mis tristes ojos;
Lejos del mundo de la estéril pompa;
Nada ambicionas; pues tu amor sincero
Tu dicha es toda.

Vive, vive, ¡oh mujer! hora es el dia
De tu tierno gozar. La deliciosa
Vida aprovecha, que cual fugaz humo
Vuela y no torna.

Si en medio el goce en que feliz existes
Mi triste amor se pinta en tu memoria,
Plegue al cielo no turbe el dulce encanto
En que reposas.

J. GUILLEN.

Arqueología.

DEL LEON ENTRE LOS ANTIGUOS.

Este animal feroz, á quien llama Marcial señor y rey de las selvas, é indica San Dionisio como signo del dominio y del valor, se representa en una infinidad de monumentos antiguos, particularmente en mas de cien medallas de diferentes ciudades griegas, en infinidad de ellas romanas, y entre las modernas se le ve campar con elegante denuedo desde las primeras del antiguo reino de Leon, hasta en las que nos sirven en el comercio actual, como símbolo cierto y enseña indestructible de la arrogancia y valor español. A la simple vista de este respetable animal, se concibe fácilmente el por qué los antiguos, y particularmente los españoles, le eligie-

ron para blason de sus armas, pues su superioridad sobre los demás animales, su agilidad y fuerza, hizo mirar en él el emblema mas significativo del poder, y la elegancia de sus formas invitó á los artistas á copiarle, inspirándoles mas de una vez su noble presencia para ejecutar obras que han eternizado su memoria.

Los hebreos, cuya religion poco favorable á las bellas artes prohibia toda especie de escultura, admitieron sin embargo la figura del leon entre los adornos del templo de Salomon, y en el suntuoso trono del mismo príncipe, segun la Escritura.

El leon era adorado en algunas ciudades de Egipto, particularmente en *Leontópolis* (ciudad de los Leones) y en *Mareotis*, como lo comprueban las monedas de estas ciudades, en cuyos tipos se le ve representado.

Este culto es la causa de que se vean cabezas de leon y figuras enteras en muchos monumentos egipcios, y segun Horus representaba el símbolo del Nilo en los misterios de Arpócrates, dios del Silencio; pero mas cierto es que significaba el reposo de que gozaban los egipcios durante la inundacion, que sucedia, casi siempre, cuando el sol entraba en el signo de *Leo*, ó sea en el tiempo que nosotros llamamos la canícula, pues que á causa de la fuerza y temperatura ardiente de este animal se le colocó en el cielo para indicar al sol en su cénit.

Le vemos figurado tambien en los mas preciosos monumentos griegos, en cuya nacion ha representado un gran papel, particularmente en las piedras grabadas que sirvieron de sello á los poderosos guerreros.

Entre los trabajos que impuso *Eurystheo* á Hércules fué el matar al leon Nemeo que desolaba la Argólida en el Peloponeso, cuyo feroz animal caido de la luna, segun Apollonio, é hijo de *Thyphon*, no podia ser herido con arma alguna. El esforzado Hércules le ahogó entre sus brazos como se le ve en los monumentos antiguos, pasando su piel á ser su traje peculiar, segun se nota en la estatua colosal titulada el Hércules Farnesio, en la Juvenil del Capitolio, en los medallones griegos de Alejandro de Macedonia, en los romanos de Antonio Pio, Comodo, Galieno y otros.

El leon estaba dedicado á Cibele, madre de los dioses, á la cual se representaba al gran circo al pié del obelisco del sol sentada sobre un leon, siendo una viga de leones en la que se la acostumbraba á representar como clave en las monedas de la familia *Voltea*, lo que hemos imitado nosotros en la mas bella de las fuentes que adornan el Prado de Madrid.

Dice Plutaro que tenian los egipcios tanta veneracion por este animal, que decoraban las fachadas principales de sus templos con esculturas que los representaban. Los etruscos adornaban con ellos frecuentemente sus tumbas. Los griegos fueron los que mas, como entusiastas de todo lo bello, han reproducido su imagen, y se cita con elogio el de mármol blanco colocado en otro tiempo á la puerta del *Pireo* en Atenas, con el que se adornó despues el arsenal de Venecia. En el palacio Barberini hay uno mayor del natural que representa en una terrible majestad á este rey de los animales. En el Capitolio se ve un leon de marmol del tamaño natural, el que se tiene por tan bello como el de Médicis. Al ver la belleza de las imágenes del leon que acabamos de citar, no podemos menos de confesar que hay algo de ideal en estas representaciones, y que los antiguos sabian embellecerlo todo.

A pesar de que la leona desprovista de la hermosa crin que da al leon tanta soberbia y majestad, no ofrece tan buen modelo, estos no se han desdeñado de ejecutarla en sus obras.

Cita Plinio con elogios la de Iphicrates, y él mismo hace mencion de la que poseyó Varron, la que se hallaba acompañada de amorcitos que se ocupaban unos en atarla, mientras otros se esforzaban en hacerla beber con un cuerno, cuyo grupo habia sido ejecutado por Acésilas.

Ha sido tanto el aprecio que se ha tenido á ese animal, que hasta los árabes, cuya religion prohibe la representacion de toda figura, han admitido la suya en sus edificios públicos, como se ve en las grandiosas obras que de estos hijos del Islam se ostentan en nuestra nacion, particularmente en la grandiosa Alhambra de Granada, cuya magnífica fuente y patio de los leones nos recuerda los sangrientos odios de Zegries y Abencerrajes, y la desgraciada suerte de estos.

El nombre de Leon se tomó en el bajo imperio por nombre ilustre, y con él conocemos á muchos emperadores. Los sucesores de San Pedro le adoptaron sucesivamente, distinguiéndose entre ellos el magnífico Leon X, que hijo de la casa ilustre de los Médicis, á quien las artes modernas deben su renacimiento y prosperidad, supo ser grande para la Iglesia, grande para el mundo, y el protector mas magnífico de las bellas artes, que germinaron y se afianzaron bajo su protectora égida.

La arquitectura moderna sigue adornando sus mejores obras con la cabeza de un animal cuya nobleza nos recuerda el leon de Florencia, y la España se gloria de tenerle por blason de su lealtad, nobleza y valor. El dormita á los piés de nuestra inocente reina, cuya guarda le está confiada, y ¡ay de aquel que trate de traspasar los límites que él defiende! pues al despertar para despedazar al imprudente, el leon de España, de natural pacífico y sufrido, hará sentir como en otro tiempo su rujido por todos los ángulos de la tierra.

B. S. CASTELLANOS.



PARIS. — Toma de la barricada de la Chaussée-d'Antin por dos compañías del 55° de línea el miércoles 23, á las cuatro de la tarde.



Ejecucion de insurrectos en la calle de Saint-Germain-l'Auxerrois el 25 de mayo á las seis y media de la tarde.

La barricada

de la

CHAUSSÉE-D'ANTIN

El martes 23, á las cuatro de la tarde, dos compañías del 55º de línea, tomaron la barricada de la Chaussée-d'Antin, en las circunstancias siguientes :

Desde por la mañana, un violento cañoneo despertó á los habitantes de todo el barrio.

El ejército regular, dueño desde la víspera de la estacion Saint-Lazare, se habia apoderado de la plaza de la Trinidad, mal defendida por barricadas improvisadas, en el extremo de la calle Blanche y de la calle de Clichy, un destacamento habia adelantado por la calle de Chateaudun hasta los baños Chantereine y penetró por una brecha en la sinagoga monumental, que está en construccion tanto tiempo hace, y cuya fachada cae á la calle de la Victoire.

Establecidas las tropas en la iglesia de la Trinidad, que domina á cierta altura la Chaussée-d'Antin, instalaron las piezas de campaña á los dos lados del monumento, detrás del jardincito, á fin de batir directamente la barricada levantada durante la noche al extremo de la calle. Los federados atrincherados en las casas y garantizados por la trinchera improvisada que armaron con cañones y obuses de campaña, respondieron enérgicamente; los proyectiles que cayeron sin descanso por ambos lados, alcanzaron á algunas casas de la calle, causando pérdidas materiales de consideracion.

Algunas bombas han caido sobre la iglesia; una ha atravesado el campanario; otra rompió la bóveda, y penetró en el interior; y otra ha destrozado la barandilla de piedra calada, que está por debajo del reloj.

El cañoneo, de una violencia extraordinaria, se prolongó, con raros intervalos hasta las cuatro de la tarde. Las balas y los cascotes de las bombas hacian intransitables todos los barrios vecinos; en varios puntos y con particularidad en la juntura de la calle Lafayette, los fuegos de las barricadas de la antigua Opera se cruzaban con los del boulevard y de la iglesia de la Trinidad. En estos sitios, el suelo quedó cubierto de trozos de pizarra, vidrios, cristales, pedazos de hierro cortados en los balcones, balas y cartuchos rotos. Los kioscos de periódicos estaban en un estado lastimoso.

A las cuatro de la tarde, las ametralladoras entraron en accion, sin que su efecto haya sido mortífero á pesar de sus disparos continuos. Los defensores de la barricada eran poco numerosos y no bastaban siquiera para el servicio de las piezas; algunos tiraban desde las ventanas de las casas. A las cinco cesó el fuego y los soldados de la línea precedidos de una banda de música, entraron en columna cerrada en la plaza de la Trinidad. Los oficiales federados hechos prisioneros fueron encerrados en la bóveda de la iglesia, dispuesta admirablemente para servir de prision.

La lucha fué mas corta por el lado de la sinagoga. Como la calle de la Victoire es bastante estrecha por este punto, era imposible atacar dicha posicion con artilleria, y la batalla se ha reducido á un tiroteo de fusileria inofensivo, que duró poco tiempo. Por la noche se habia intentado hacer una barricada en el ángulo de la calle Taitbout y en el extremo de la calle de la Victoire, pero no ha sido defendida seriamente. Los soldados cercaron las posiciones de los federados por las calles Laffitte y Taitbout y pudieron apresar un crecido número de federados.



PARIS. — La sala de los fusilados depositados en la Ambulancia de la Prensa de la calle Oudinot. (Al 8º cadaver de la primera fila se le encontraron 150,000 francos en billetes de banco.)

Ejecuciones de insurrectos.

Al ver los peligros á que estaba expuesto Paris con la Commune, todo el mundo comprenderá cómo el gobierno y el ejército debieron en los primeros días atender á su salvacion por todos los medios posibles. En presencia de los bandidos que habian organizado friamente la destruccion de Paris, era preciso obrar vigorosamente y sin tardanza. La menor debilidad podia perderlo todo.

Así fué que el número de las ejecuciones que tuvieron efecto en el mismo sitio en donde prendian á los insurrectos, ha llegado á ser considerable. Los fusilamientos se hacian sobre la misma barricada, delante de una pared, en todas partes.

Uno de los dibujos de este número representa una de estas ejecuciones en el acto, escena que ha debido reproducirse en cada una de las barricadas. En todos los barrios donde la pelea habia sido encarnizada, se veian tendidos por las calles numerosos cadáveres.

Sin embargo, la administracion ha desplegado la mayor actividad para enterrar cuanto antes á los muertos, y procedia del modo siguiente :

Abrieron en los cementerios grandes zanjas, y en ellas colocaban simétricamente á los cadáveres, rodeados de cal, y los cubrian de tierra. En esas condiciones, Paris, al cabo de tantas desgracias, no tendrá que temer las emanaciones deletéreas, que podrian producir epidemias mortales.

L. C.

El orgullo de un hombre.

(Continuacion.)

Simon sabia su oficio, poseyendo una larga experiencia en los ejercicios de la caza al reclamo. Apenas obtuvo de su pito algunos sonidos tímidos y cortados, cuando un magnífico mirlo negro, saliendo calladamente de la selva, vino á arrojar dentro de las redes, frente por frente del caballero, como para probar la extraordinaria destreza del guarda ; tras de él llegaron sin interrupcion otros muchos pájaros de su especie, mezclados con zorzales, picazos y grajos, gente toda gárrula y turbulenta, que viéndose cautiva, se agitaba terriblemente, haciendo temblar la pérfida red que ya encerraba multitud de aladas y débiles criaturillas menos ruidosas, mezclando sus pitidos, sus silbidos y sus graznidos con el lamentable concierto que ejecutaban los demás habitantes de la selva.

Arrojó el guarda una mirada de triunfo hácia el caballero, como para exigir el tributo de elogios que merecia su talento ; pero con gran pesar suyo, M. de Clermont parecia ocupado en cosa que nada tenia de comun con la caza, y hasta tal punto distraído, que ni siquiera habia visto las magníficas presas que se acababan de hacer, á pesar de que, tal fué la admiracion que habian inspirado á los que encerraban las chozas, que muchos de ellos palmotearon, olvidándose de la inoportunidad del aplauso.

Es que el caballero, cuando menos lo esperaba, habia oido en la choza próxima, de la que no estaba separado mas que por una frágil pared de ramas, algunas palabras pronunciadas en sumisa voz por uno de los que en ella se ocultaban. La voz era de Alberto, y el caballero habia distinguido estas expresiones, pronunciadas con el acento del ruego :

— Esta noche... á las doce... en el jardín... junto al invernáculo... por piedad, no me lo negueis...

Respondieron en tono tan bajo, que el que lo escuchaba no pudo distinguir la voz ni enterarse de si prometia ó negaba.

Si recordamos la reconveccion que pocos momentos antes dirigió el caballero al joven Latouche con respecto al amor que parecia indicar á Clotilde y Mlle de Sibry, se comprenderá lo mucho que le importaría poner en claro á cuál de ellas se atrevia Alberto á pedir semejante cita.

La conversacion cesó en el interior de la choza, y siendo ya inútil escuchar para conocer la voz de la que hablaba con Alberto, el caballero dirigia con gran cuidado su mano á las ramas para abrirlas consiguiendo formar una estrecha abertura á la que sumamente conmovido iba á aplicar sus ojos, cuando de repente una descarga de armas de fuego, los gritos de una multitud de personas, y un tumulto extraordinario se dejaron oír dentro del parque y á corta distancia del sitio en que estaban desplegadas las redes.

Por mas importancia que tuviese el secreto que el caballero pretendia descubrir, el suceso que se anunciaba parecia demasiado grave, para que, abandonándolo todo, no corriera á enterarse de lo que pasaba. Presentóse á su imaginacion la idea de un peligro general para los que hasta cierto punto se encontraban bajo su tutela, y lanzándose en direccion al paraje en donde continuaba sintiéndose el espantoso estrépito, tuvo que dejar para

otra ocasion el descubrimiento interesante que, por decirlo así, estaba bajo su mano.

Apenas habria recorrido veinte pasos del angosto sendero que conducia á una de las calles principales del parque, cuando en una espesura próxima se dejó oír un ruido semejante al que produce un cuadrúpedo grande al correr precipitadamente entre matorrales y arbustos : al mismo tiempo entrevió un animal corpulento cubierto de pelo rojizo, cuya especie no alcanzó á conocer por la extrema celeridad con que desapareció entre las ramas, tomando el camino del claro en donde estaban los cazadores. Presumiendo sin embargo que era un perro introducido en el parque con la gente alborotadora que se aproximaba, Clermont aceleró su marcha para exigir de estos intrusos la severa satisfaccion que merecia tan insolente comportamiento.

No se hizo esperar mucho la explicacion que deseaba : al llegar á la avenida de donde procedia el ruido, se encontró el caballero en medio de unos veinte labradores que corrian de una parte á otra, lanzando los agudos gritos que habian llamado su atencion. Todos estaban en traje de trabajo, lo que era indicio de que habian interrumpido sus acostumbradas faenas con un objeto de utilidad comun, viéndose á los unos estrafalariamente armados con hoces, palos, piedras y cuanto habian encontrado á mano, mientras los otros iban provistos de fusiles de los que acababan de hacer uso contra el desconocido enemigo.

Adelantóse el caballero hácia aquella gente para preguntarles con qué derecho invadian el parque en semejante equipaje, cuando un hombre pequeño y robusto, cubierto el rostro con espesas patillas, y cuyas facciones eran verdaderamente características, se encontró á su lado saliendo al pronto de entre la espesura. Iba vestido al uso de los labradores del pais, aunque con blusa y botines de cuero, y la cabeza descubierta, porque sin duda en la precipitacion de una larga carrera habria perdido el sombrero : llevaba en la mano una carabina montada como para servirse de ella al primer momento.

— Señor mio, dijo en tono atropellado y ardiente al caballero, ¿ le habeis visto pasar ?

— ¿ De quién se habla ?

— De mi perro ; un perro grande, rojizo, que acaba de esconderse en la maleza.

— ¿ Y qué venís á hacer con vuestro perro en el parque de Sibry ? Preguntó el caballero con acento severo : ¿ y esa gente armada á qué ha venido aquí ? ¿ Sabeis á lo que unos y otros os exponéis ?

— ¿ Y no veis, replicó con viveza el desconocido, que vamos persiguiendo á un perro que ha saltado el parque, y que es preciso matarlo al instante porque está rabioso ?

— ¡ Rabioso ! exclamó el caballero perdiendo el color... ¿ Y es ese el perro que acaba de pasar junto á mí ? Hablando así miraba hácia el lado en donde se hallaban reunidos los habitantes del castillo.

— ¿ Hay gente en el parque ? preguntó bruscamente el de la carabina.

— ¡ Mujeres, niños y hombres desarmados !...

— ¡ Por acá ! ¡ por acá vosotros ! gritó en voz de trueno el atlético labrador, haciendo señas á sus compañeros para que le siguiesen.

Muchos se aproximaron aceleradamente, y los demás batian la espesura llamándose unos á otros en diversas direcciones como antes de la llegada del caballero.

— Vamos, guiadnos pues, dijo el empatillado hablando con M. de Clermont, veremos si continuais torciendo el gesto porque hemos entrado aquí.

Retrocedió el caballero por la misma senda que habia traído, siguiéndole el grupo que se reunió á la voz del desconocido. Este marchaba á su lado guardando sombrero silencio, hasta que no pudiendo dominar la inquietud que sufría, preguntó M. Clermont á su áspero compañero :

— ¿ Pensais que ese perro será capaz de arrojar sobre cuanto encuentre por delante ?

— No diré que no, aunque sea estando en su sentido, sobre todo si ve uniformes del resguardo de aduanas... porque, ¿ entiende Vd ? no les tiene mucha aficion que digamos : mas lo que es por ahora el pobre animal no conoce á nadie, puesto que esta mañana á mí mismo quiso investirme, por lo que tomé la carabina y dí tras él. ¡ Quién habia de decirme ! ¡ Un perro tan bueno ! ¡ Un perro que me ha servido tan bien ! ¡ Dios mio, cuánto dinero me ha hecho ganar ! ¡ Y tener que perseguirlo yo para matarlo !

Pronunciando estas palabras, que denotaban bastante bien su profesion, el contrabandista dió una puñada sobre su carabina, y enjugó el llanto que á pesar suyo se desprendia de sus ojos.

Es sabido que en las fronteras de la Bélgica se suele hacer el contrabando por medio de grandes perros enseñados al efecto, los que cargados de géneros atraviesan de noche la línea de puestos del resguardo. Animales hay de estos que producen extraordinaria ganancia á sus amos, y cuyo valor es muy subido por el admirable instinto con que saben evitar las trampas que les tienden los aduaneros. El que en aquel momento era perseguido, pertenecía á la especie mas fuerte y corpulenta, por lo que era mas terrible la funesta enfermedad de que se hallaba invadido.

El caballero, á quien cada vez atormentaba mas el temor de las espantosas consecuencias que de tal encuentro podrian resultar, apresuraba la marcha de sus compañeros, dándoles ejemplo de ligereza, cuando, muy próximos ya al claro, oyeron los multiplicados gritos que daban los cazadores.

— ¡ Ya les han avisado, ó acaso habrán visto á ese maldito animal ! exclamó el caballero : ¡ Vivo, amigos míos, vivo !... ¡ Os ofrezco recompensaros bien, si llegamos á tiempo !

Tenia razon en efecto ; porque oteando uno de los labradores, habia llegado al claro, y encontrando á los cazadores agitados, pero sin recelo, les explicó lo que acontecia, presentándose entre ellos el terrible animal casi al mismo tiempo.

Cuando llegaron M. de Clermont y sus compañeros, una escena horrorosa habia reemplazado el cuadro alegre y tranquilo que poco antes presentaba el claro, interrumpida la caza y pendiendo de los árboles las despedazadas redes, en las que todavia estaban enlazados los pobres pajarillos, hombres y mujeres huían por todas partes lanzando gritos de terror, sin que nadie, ni aun el comandante mismo, que tantas veces arrostró la muerte en los campos de batalla, osara exponerse, atacando al animal, á la enfermedad tremenda que comunica la mordedura del perro hidrófobo. Con todo, no habia huido, como tampoco Alberto ; desnudando su espada procuraba cubrir con su cuerpo á la condesa, que arrebatada del delirio de la desesperacion, se proponia lanzarse hácia una de las chozas de las que salian lastimosos y terríficos gritos.

Porque los que estaban encerrados en la choza pidiendo auxilio corrian el mas inminente peligro. Hemos dicho que un arroyo atraviesa el claro ; al llegar el perro á su orilla le detuvo repentinamente el horror que inspira el agua á los animales atacados de rabia ; erizó el pelo, rechinó los dientes y empezó á dar vueltas al rededor de la cabaña, rugiendo de una manera capaz de aterrar al mas valiente. Dos ó tres veces se detuvo á mirar las aberturas que dejaban las ramas, como si hubiera querido arrojar dentro para buscar asilo ; y era tanto mas de temer que lo hiciera al fin, viéndose por todas partes perseguido y acosado de enemigos, cuanto que el frágil edificio no podia resistir ni una sola de sus investidas.

Detuvieron algunos segundos á la orilla del bosque al caballero y á los que le acompañaban para observar el conjunto de la escena y asegurarse de cuál era el punto que exigia mas pronto y eficaces socorros, sin hacer peligrar á nadie. Lo mas urgente era librar á la persona encerrada en la choza, que, juzgando por la voz, debia ser una mujer. Abalanzáronse á ella el contrabandista y los suyos, pero otro se les habia anticipado.

Animado por los ruegos despedazadores que salian de la choza, Alberto, dejando entregada la condesa al cuidado del comandante, con temeridad inconcebible se adelantó hácia el animal enfurecido, empuñando por única arma la rama que acababa de desgajar de un árbol. Era aquella por desgracia demasiado débil para luchar con el enorme alano que seguia describiendo frenéticos círculos al rededor de la barraca. Con todo, el joven se avanzó rápidamente hácia él blandiendo su palo. Al verle los espectadores se estremecieron, y el caballero se quedó inmóvil de pavor.

— ¡ No le pegueis ó sois perdido ! exclamó pudiendo apenas articular las palabras.

Alberto se adelantaba, siempre amenazando á su tremendo enemigo, y sin escuchar mas que los gritos de agonía que resonaban dentro de la choza.

La que amo está allí, pensó en su interior el caballero, mientras hacia señas á los labradores para que aproximándose procurasen impedir el resultado casi inevitable de la temeridad de Alberto, que sin curarse del peligro se colocó con fiera frente á frente del alano para cerrarle el paso. Centelleándole los ojos, arrojando baba de sus labios encarnizados y pendientes, y con el cuerpo lleno de lodo y de sangre llegaba el perro, empeñado en continuar sus convulsivas vueltas, cuando el imprudente joven alzando el brazo descargó sobre la cabeza de su enemigo tan violento golpe, que la rama se hizo mil pedazos.

El golpe fué vigoroso sin duda, pero insuficiente para poner fuera de combate á un animal enorme cuyas fuerzas vitales doblaba la rabia. Saltó atrás el perro sin caer y fijando sus sangrientas miradas sobre el desarmado Alberto, tendió hácia él su espumosa boca, y ya iba á lanzarse cuando se dejó oír una explosion y cayó muerto á los piés del joven.

Era el contrabandista el que, sobreponiéndose al temor de herir á Alberto ó á la persona encerrada en la choza, acababa de hacer tan acertado y atrevido tiro. La cabeza del animal rabioso habia sido atravesada por la bala.

Todo el valor demostrado por Alberto no le evitó el que por algunos instantes permaneciese como aturdido. Se habia creído perdido al encontrarse inermes cara á cara con el espantoso alano ; pero recuperando su alegría tan pronto como desapareció el peligro, exclamó :

— No es manco por mí vida el que ha disparado este tiro. La bala me ha silbado por las orejas ; y habilidad se necesita para apuntar tan perfectamente...

— Y mucho amor se necesita para explicar vuestra temeraria empresa, señor Alberto, le dijo el caballero en voz baja y apretándole el brazo ; pero vamos, vamos á sacar esa pobre niña, por la que habeis expuesto mas que la vida...

Diciendo así, se dirigió á abrir el ligero zarzo de ramas que servia de puerta á la choza, lo que le impidió observar la risa burlona que se dejó ver sobre los labios del joven.

M. de Clermont creia no encontrar en la choza mas que una mujer : en ella estaban encerradas Hermancia y Clotilde.

Sin duda el disgusto del caballero hubo de manifes-

tarse en su rostro, aunque otros sentimientos mas profundos agitaban en aquel momento su corazón. Alberto dirigiéndose á las dos jóvenes, que trémulas y pálidas le expresaban en iguales términos su tierna gratitud, las dijo:

— Callad, señoritas: según lo cree el caballero, una de vosotras no tiene nada que agradecerme. Mucho me alegraré que cada una piense que á ella iba dirigido el servicio, y que la otra era la olvidada.

— El duque de Saint-C... os lo agradecerá por la una y yo os lo agradezco por la otra, le dijo al oído el caballero.

Alberto iba á responderle, cuando acercándose la condesa acompañada de algunas otras personas, se arrojó medio loca de alegría en los brazos de su hija, que lloraba perdida, y en su delirio abrazó á Alberto y á Clotilde, que no esperando semejante amistosa demostración, habia vuelto á caer en sus acostumbradas distracciones: el joven Latouche era sobre todo á quien madama de Sibry no se cansaba de dirigir elogios y expresiones de reconocimiento.

— Cuidado, señora, dijo Alberto hábil en demasía para no ser modesto, no me expongas á mostrarme ingrato, olvidando que por mi parte nada hubiera hecho mas que arrojarle ciegamente y sin fruto al peligro, á no ser por el excelente tirador á quien esas señoritas y yo debemos la vida. Vamos, continuó volviéndose hácia los labradores que se mantenian á algunos pasos de distancia por respeto, ¿quién es el valiente que tan bien ha empleado su pólvora y sus balas en favor mio? Déjese ver, porque tengo hambre de darle un puñado de dedos.

— Aquí está, contestó una voz fuerte que ya conocemos: al mismo tiempo el grupo se abrió dejando ver al contrabandista en pié, con las manos cruzadas y apoyadas sobre la boca de su carabina, contemplando con los ojos preñados de lágrimas el terrible animal que estaba tendido á sus piés sin movimiento ni vida.

— ¡Cómo! ¿eres tú, mi guapo Benito? Exclamó el joven ofreciéndole la mano: ¿eres tú el que acaba de salvarme la vida?

— Sí, par diez, yo soy, dijo el contrabandista en medio de una profunda tristeza, y señalando con el dedo el cadáver del alano, yo soy el que le ha despachado... ¡Pobre Bayardo!... ¡Un animal tan bueno!... ¡Vamos, es caida de que no me levantaré nunca!... ¡Todo lo he perdido! Y no hay que hablar: en la vida pudieron los guardas tocarle ni á un pelo... ¡Y habia de morir rabiando!... ¡Y lo que es mas, una bala de mi carabina habia de matarle!...

— Vamos, vamos: consuélate, Benito, le dijo Alberto con acento afectuoso, perros de sobra te quedan para introducir encajes de Bruselas pasándolos por delante de las narices de los aduaneros: bien sabemos que el comercio no anda mal; pero en todo caso te daré otro perro y puedes estar seguro de nada que perderás en el cambio.

— Decís eso porque no le conociais, M. Alberto, respondió aquel: durante seis años el pobre Bayardo...

— Señores, continuó el joven Latouche, obligando al sombrío contrabandista á que se volviera y saludara á la sociedad, lo que hizo desmañadamente: os presento á nuestro libertador, el célebre Benito Remy, harto conocido por esas tierras.

— ¡Benito Remy! exclamó M. Bernard que llegaba en aquel instante, y al oír pronunciar semejante nombre abrió los ojos como si fueran á saltársele del caso. ¡Benito Remy!

— ¡Bueno! ¿Y qué?

— ¿Qué teneis, M. Bernard? le preguntó su mujer, ¿de qué os proviene esa sorpresa?

— ¡Benito Remy, el famoso contrabandista, querida amiga, aquel de quien te he hablado tantas veces, el que tanto perjudica á las rentas...

Benito arrojó al inspector de aduanas una mirada torba y de costado.

— Pues el mismo es el que tengo el honor de presentaros, señor inspector, dijo Alberto con ironía: si alguna vez lograis echárle el guante cogiéndole in fraganti, ya podréis preciaros de astuto.

— No sería eso tan difícil como beberse el mar, señor Latouche, si se nos pusiera en la cabeza, dijo vivamente madama Bernard.

— El contrabandista se encogió de hombros en ademán despreciativo, y los demás tuvieron que comprimir la risa.

— El resultado es, dijo madama de Sibry dirigiéndose á Benito, que nos habeis salvado á todos: veamos qué es lo que deseais ó en qué podemos seros útiles.

— En nada, replicó el contrabandista en tono áspero, ¡gracias!

La condesa hizo un movimiento como de enfado al oír aquella contestación poco atenta. Alberto se interpuso al instante.

— Dispensadle, señora, por favor: mi guapo y buen amigo no es demasiado fuerte en materias de urbanidad; por otra parte, como le conozco de antemano, estaba seguro de que no aceptaria ni de vos, ni de mí, ni de nadie cosa alguna que no creyera haber ganado. Con todo, si lo permitís, indicaré un medio por el cual podremos manifestarle nuestra gratitud, y al mismo tiempo procurarnos alguna diversión.

— ¿Y cuál es?

— El de aceptar el desafío que el señor inspector de aduanas, ó mas bien su amada esposa, acaba de proponernos; dijo Alberto mirando irónicamente al matrimonio: quiero decir, haciendo en el acto á Benito encargado de los encajes suficientes para que las señoras se ador-

nen á vista de M. Bernard, con tal de que el género sea entregado en el término de tres dias.

— ¡Excelente! ¡Precioso! ¡Gran pensamiento! exclamaron todos.

— ¡Hola! eso ya pasa de broma, dijo la señora inspectora picada á lo vivo: ya veremos si mi marido y yo sabemos impedir semejante exceso. Aceptamos el desafío.

— Sí, ciertamente le aceptamos, repuso M. Bernard apoyado en el dictámen de su mujer. Ahora mismo voy á mandar doblar los puestos desde Givet á Villiers. Veremos quién lleva el gato al agua.

— Vos misma, señora, habeis de engalanaros con los encajes de contrabando, y tambien vuestro esposo, dijo Alberto dirigiéndose efectivamente á madama Bernard: os lo aseguro.

— En cuanto á mí, no diré que no, pero por lo que hace á mi marido, me parece eso demasiado.

— ¿Lo oyes, Benito? continuó el joven Latouche: dentro de tres dias nos traes cien varas de encaje de lo mejor que se encuentre. ¡Cuidado que contamos con ellas!

— No hay mas que hablar, contestó Benito sin poder expresarse de alegría, y hasta casi olvidando la muerte de Bayardo.

La noche se aproximaba, la caza no se podia continuar, y un criado vino á dar aviso de que habian llegado los carruajes destinados á conducir al castillo á las señoras.

— Feliz ocurrencia, dijo madama Bernard fatigada aun de sus rápidas carreras por el parque durante la alarma; apostaría á que esta es una de las atenciones que le debemos á M. Clermont.

— El caballero de Clermont, dijo apuntándole su marido.

— A la verdad ¡podian haberse guardado los coches para mejor ocasion! murmuró madama Monteil.

Tomaron las damas los coches y los hombres se preparaban á dirigirse al castillo, guiados por M. de Clermont.

Alberto, á quien un «groom» acababa de traer su caballo, se despidió graciosamente de las señoras de Sibry y partió.

El caballero no apartó la vista del joven diplomático mientras se despedia de Hermancia y de Clotilde. Ambas volvieron á repetirle con energía la expresion de su gratitud. Al montar á caballo Alberto dijo á M. de Clermont en tono ligeramente irónico.

— ¿Cuándo esperais la revancha, caballero?

— Muy pronto, respondió del mismo modo Clermont; mucho antes de lo que pensais: y añadió para sí, esta noche misma.

Era media noche y todos los huéspedes del castillo de Sibry se habian retirado á dormir hacia largo tiempo. Los hombres habian pasado la noche jugando al ajedrez en el salon grande: las damas ocupadas en sus obras de tapicería ó en la lectura de novelas; y despues de hablar mucho sobre los sucesos del dia, y particularmente del lamentable episodio del alano, mas temprano que de costumbre habian ido á buscar el descanso despues de tantas fatigas.

En el momento en que el cascado reló de la capilla del castillo daba lentamente doce golpes, salia el caballero de su cuarto con el mayor secreto, y bajaba una escalera que conducia al jardin. No llevaba luz, y siéndole preciso adoptar exquisitas precauciones para no ser oido; temia que el ruido que al abrirse habia de hacer la puerta exterior no llamara la atencion de alguno de los criados; pero esta inquietud le duró poco, porque no solo no estaban echados los cerrojos de la puerta, cual debia suceder en aquella hora avanzada, sino que se hallaba encajada nada mas como si acabase de dar paso á algun paseante nocturno mas diligente que el caballero.

— Se me han adelantado, dijo aquel mordiéndose los labios; ¡paciencia!

Dirigióse rápidamente hácia el invernáculo en donde sabia estaba citado Alberto con la misteriosa mujer que tanto anhelaba descubrir.

La noche estaba hermosa y serena, el cielo puro y estrellado, ni un celaje siquiera empañaba alguna que otra vez los rayos de la luna que brillaba en todo su esplendor. Los campos yacian sumidos en un grave silencio, alterado solo de tiempo en tiempo por algunas leves bocanadas de viento, que deslizándose entre los gigantes árboles del parque producian sonidos débiles y melancólicos que asemejaban á suspiros: algunos murciélagos anidados en los desvanes del edificio azotaban el aire, lanzando sus chillidos breves y agudos mientras perseguian las mariposas nocturnas.

Despues de andar algunos pasos volvió la vista el caballero hácia el castillo para asegurarse de que nadie le espiaba por aquella parte: el envejecido edificio se mantenía negro y silencioso, dibujándose limpiamente en el cielo sus delgadas y elegantes torrecillas. Sin embargo, se dejaba ver iluminada una de las ventanas que como el caballero no lo ignoraba, pertenecia á las habitaciones del conde.

Sin duda aquella velada nocturna hasta tan tarde tenia grave significado para M. de Clermont, porque se detuvo pensativo algunos instantes contemplando la solitaria luz que semejaba á una estrella; mas desechando pronto la sensación que le habia causado, se puso desde luego en marcha para llegar al lugar de la cita.

El jardin era grande y estaba perfectamente cuidado. Cuadros de flores que abandonaban al viento de la noche frescos y deliciosos perfumes, rodeaban las calles de árboles, rectas y bien niveladas con perfecta sime-

tria. Igual adorno hermoseaba los bolingrines, flanqueados de trecho en trecho de altos tejados tallados en forma de arcos, de vasos y de obeliscos, entre los que se mezclaban tuyas, pinos, servales, acacias y toda clase de árboles y arbustos floridos y olorosos. En el centro de cada cenador cubierto de césped, se elevaba ya un vaso de bronce, ya un cuadrante solar, ya una blanca estatua que á la pálida luz de la luna parecia un fantasma amenazando á las viejas torres de Sibry.

Segun esta descripción, se concibe debia ser bastante difícil ocultarse en aquel jardin tras del ramaje diminuto y poco ocupado de arbustos de lujo, alineados tan simétricamente. En esto se fundaba el caballero para estar persuadido de que si la dama se hallaba dentro del jardin no podia dejar de descubrirla.

Continuó pues su camino siempre con el mayor silencio; y redoblando las precauciones á fin de no ser visto, llegó á un tilo aislado que cubriéndole enteramente con su abundante ramaje, le permitia ver sin ser visto lo que sucedia cerca del invernáculo.

Cual se acostumbra hacer con respecto á aquella clase de edificios, se habia derribado á su alrededor cuanto podia producir sombra, resultando de esta disposicion que reinaba cerca del invernáculo un grande espacio enteramente despejado de árboles, el que se habia transformado en huerto, creciendo y ocultándose en él humildemente las legumbres que abastecian las cocinas del castillo. Aquella especie de jardin bajo no era frecuentado, á causa de su prosaico destino, y los elegantes huéspedes de Sibry nunca traspasaban los límites del jardin principal.

Ahora bien, en medio de aquel espacio descubierto sobre una esplanadita paralela al invernáculo, descubrió en aquel momento el caballero dos personas que se paseaban hablando tan bajo, que nada podia discernir de sus palabras aun en medio del profundo silencio de la noche. En una de ellas sin dificultad se reconocia á Alberto con el mismo traje que habia usado el dia anterior, y la noche era bastante clara para hacer distinguir sus facciones á cualquiera que lo hubiera visto otra vez. En cuanto á su compañera, porque era efectivamente una mujer, no era tan fácil conocerla porque, bien para cubrirse del relente, bien para desafiar con este exceso de precaucion las miradas indiscretas, estaba envuelta en un manto negro con capucha que impedia, no solo verle la cara, si no hasta poder formar juicio del aire de su cuerpo. Su vista recordaba la idea de aquellos dominos engañosos, que en un baile de máscaras cubren lo mismo á una joven elegante que á una vieja decrepita, y no permiten distinguir entre la remendona y la duquesa del arrabal de San German. La desgracia perseguia al pobre caballero.

Con todo, no se desanimó: resuelto á correr hácia los dos paseantes, y convencido de que no podian escapársele, estuvo pensando el medio que debia escoger para aproximarse á ellos lo mas posible, á fin de oír algunas palabras de su conversacion; porque aunque en cualquiera otra circunstancia su delicadeza le habria apartado de semejante accion, ya hemos indicado mas arriba que tenia el mas extraordinario interés en descubrir la verdad; y la importancia de aquella revelacion le hizo dejar á un lado todo escrúpulo.

Mas una especie de fatalidad que le perseguia en todas sus empresas cuando tenian por objeto cerciorarse de quién era la misteriosa compañera de Latouche, le impidió tambien la ejecucion de aquel proyecto. Apenas habia dado una docena de pasos, y aprovechándose del momento en que los paseantes le volvian la espalda, se habia deslizado como un gato entre los cuadros del huerto para encontrarse inmediato á ellos al volverse, cuando un ruido súbito, penetrante é inesperado vino á descubrir su marcha. No conociendo bastante el terreno que pisaba, el caballero acababa de tropezar con una de las campanas de vidrio destinadas á conservar las plantas, rompiéndola con extraordinario estrépito.

Al oírlo la dama lanzó un agudo grito, se volvió, y abandonando el brazo de Alberto, se arrojó precipitadamente al invernáculo, cuya puerta cerró tras sí.

M. de Clermont, á pesar de su acostumbrada sangre fria, permaneció atolondrado en el mismo sitio, lleno de despecho por su poca agilidad; pero no queriendo que se aprovecharan para huir de su mal suceso, se adelantó con rapidez hácia Alberto, el que viéndose en la imposibilidad de ocultarse, resolvió esperar á pié firme al importuno que se le aproximaba, y en caso necesario defender á la que amaba contra tan indiscretas gestiones.

Los dos hombres se miraron en silencio por unos instantes con aspecto turbado. Alberto ignoraba qué era lo que habia podido ver el caballero, porque el movimiento de la dama habia sido tan rápido que dejaba esperanza de que se hubiese librado de ser vista: pero las dudas del joven diplomático quedaron muy pronto disipadas en cuanto á esto, cuando vió que el caballero miraba atentamente la puerta del invernáculo, y le oyó decir con ironía.

— El señor Alberto no llevará á mal le manifieste cuánto me admira hallarle á estas horas en casa de M. de Sibry, cuando debia suponer que se hallaba pacíficamente durmiendo en lo de sus padres, á dos leguas de aquí. A saber yo que tan agradable le era pasearse en los jardines, le habria facilitado los medios de introducirse en ellos sin necesidad de saltar sus tapias, como parece haberlo hecho el señor Alberto.

(Se continuará.)

LAS

Ambulancias

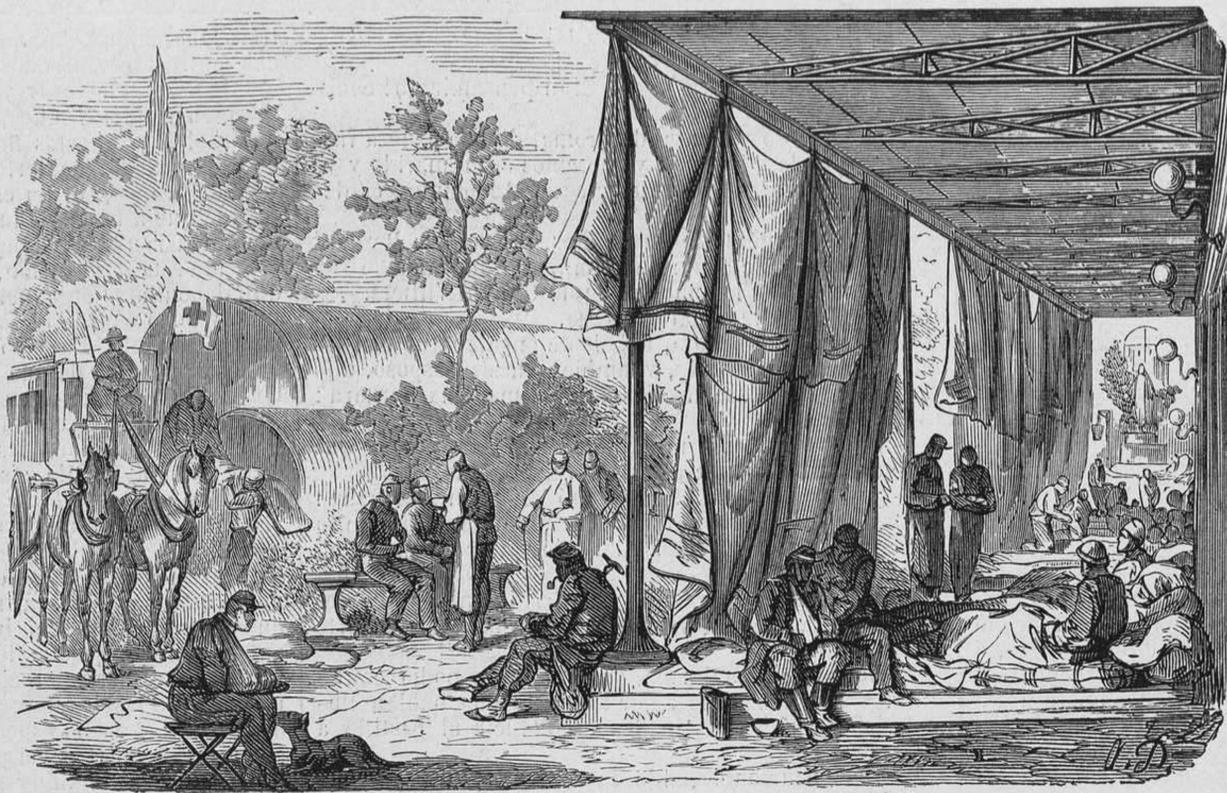
DE LA PRENSA.

Mas de una vez hemos tenido ocasion de hablar aquí de las Ambulancias de la Prensa, y por consiguiente de los servicios que han prestado durante el sitio y en los amargos días de la guerra civil, ya terminada felizmente. Bajo este concepto, no entraremos en mas detalles sobre la idea filantrópica de esta institucion, pero sí diremos que la Commune hizo cuanto pudo para crear obstáculos que, sin embargo, han llevado adelante su obra en medio de todo género de peligros.

Los directores y los hermanos de las escuelas cristianas que servian de enfermeros fueron presos porque habian querido impedir

que 500 convalecientes que habia en el establecimiento fuesen incorporados en los batallones de marcha; y

y los 5 heridos que indicaban riódicos de la Commune!



PARIS. — Dependencia exterior de la Ambulancia de la Prensa en la calle Oudinot.

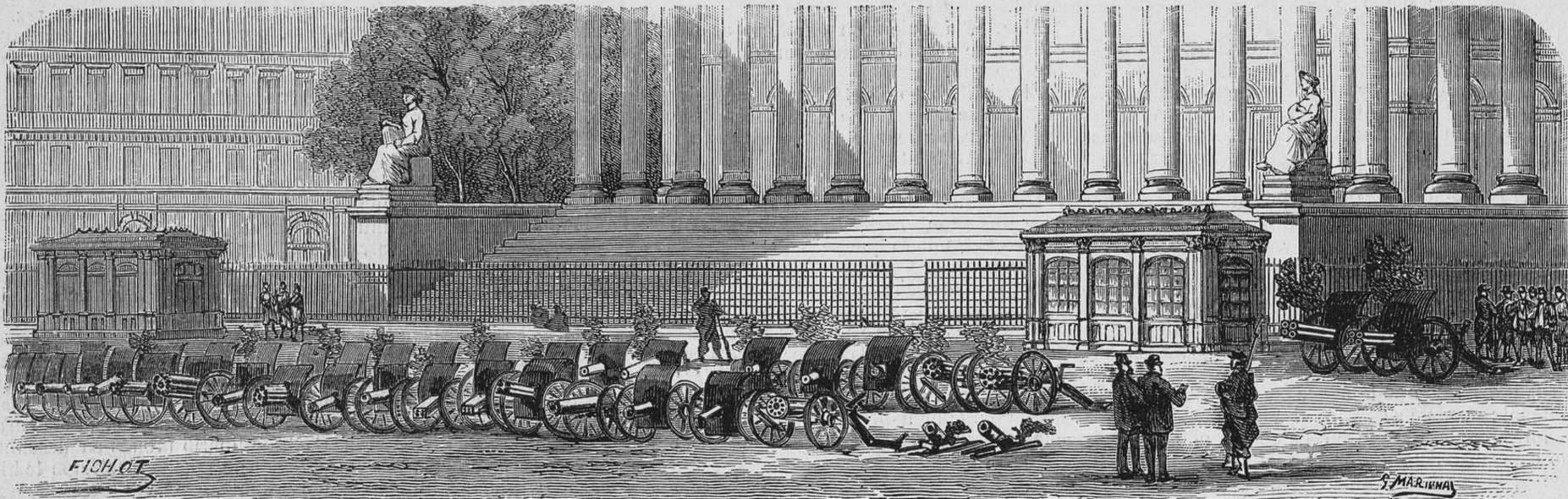
en aquella situacion, M. Cotte, distinguido estatuario que con varios artistas habia servido en las ambulancias, tomó el puesto del hermano director para no tener que cerrar las puertas del hospital de sangre.

La posicion de los pabellones de Longchamp, relativamente á los lugares de los combates, debia convertirlos en centro adonde llegaban todos los días los heridos y los muertos en Vanves y en Neuilly.

Los muertos se colocaban en la iglesia, como se ve en nuestro dibujo publicado recientemente, y su número pasó de 75 en un solo día; fotografiaban á todos aquellos cuya identidad no podia establecerse.

El número de cadáveres que han sepultado en las Ambulancias de la Prensa se eleva á 272.

¡Cuán lejos está esta cifra de los 2 muertos invariablemente los pe-



PARIS. — Ametralladoras tomadas á los insurrectos y reunidas en la plaza de la Bolsa.

Las Ambulancias de la Prensa han recogido 4,465 heridos, tanto federados como militares, del 2 de abril al 28 de mayo. Actualmente estas ambulancias funcionan mediante estos dos grandes establecimientos:

1º Los pabellones de Longchamp, que comprenden siete grandes servicios de cirugía.

2º La casa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en donde aun existe un servicio de medicina.

No pudiendo nombrar á todos los médicos presentes, cuyo número asciende á veinte y seis, citaremos al menos los jefes de servicio, doctores Bastien, Perrier, Nicaise, Harzé, Markhein, este último, médico inglés.

El sábado 27 de mayo las Ambulancias de la Prensa volvian á tomar posesion de los pabellones de Longchamp, y al otro dia regresaba á Paris el presidente M. Ricord, que prestó tantos servicios durante el sitio. En la reunion con que se celebró su llegada hubo entusiastas discursos, pronuociados por los doctores Ricord

y Demarquay y por M. Cotte, en los cuales se expresaron las dificultades y los peligros con que las Am-

bulancias de la Prensa han tenido que luchar para cumplir hasta el fin su humanitaria tarea. A. M.



Prision de mujeres, una con uniforme de federados, acusada de haber dado muerte á un oficial. —(Véase pág. 386.)

Los insurrectos

EN EL PERE-LACHAISE.

La defensa establecida en el Pere-Lachaise no ha sido, como se supone, un refugio desesperado. El sábado antes de la entrada de las tropas, llegaron varios oficiales á darse cuenta de las posiciones.

Principiaron por establecer dos piezas de á 7 al lado de la capilla; y luego, como los guardianes, que temian la destruccion de los archivos, les suplicaron cambiaran de posicion, trasportaron mas arriba los cañones. Además, reconocieron que no habian tenido acierto, en razon á que no se trataba tanto de defender la entrada del cementerio, como de secundar las operaciones de Paris, juntamente con los cerros Chaumont.

Así, pues, llevaron al punto culminante del Norte las piezas de artillería, al lado de la tumba de Morny. La bóveda servía de almacén de municiones.

A la izquierda del sepulcro había dos piezas, y á pocos pasos á la derecha otras cinco.

Sabido es que la famosa pirámide de la familia Beaujour se encuentra mas arriba siguiendo las tumbas de Carlos Nodier, Casimiro Delavigne, y otras ilustraciones francesas. En la capilla se estableció un centro, que probablemente era el estado mayor, y al lado había otros dos cañones.

Los partidarios de la Commune refugiados en este lugar fúnebre, demostraron una energía desesperada. Lanzaban una lluvia de bombas sobre todos los puntos de París, pero principalmente en el barrio del Hotel de Villa, con la esperanza sin duda de reanimar los incendios que trataban de apagar.

Pero el furor no duró mucho. Las estafetas ya no venían, y aunque el comandante repelía que todo marchaba bien, los combatientes habían comprendido que todo estaba perdido.

Diferentes veces los federados manifestaron la intención de emprender la fuga. Los toneles de vino no pudieron contener la deserción, y cuando empezaron á caer allí los proyectiles del ejército, los refugiados del Pere-Lachaise abandonaron el cementerio, su última fortaleza.

L. C.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. -- Véase el número 960.)

— Si no fuera por ella, pensó José sentándose junto á una mesa y dejando caer la cabeza en los brazos, si no fuera por Dorotea (porque no podría soportar la idea de que pudiera creer que soy un malvado, como no dejarían de decir si huiese de casa) el Maypole y yo nos separaríamos esta noche.

Al anochecer habían llegado á la posada Salomon Daisy, Tomás Cobb y el gigantesco Parkes que habían presenciado la escena desde una ventana, y cuando el tío Juan se reunió con ellos algunos momentos después, recibió las felicitaciones de sus compañeros con gran calma, encendió la pipa y se sentó entre ellos.

— Veremos, señores, dijo Juan tras una larga pausa, quién es aquí el amo y quién no lo es; veremos si los niños han de dirigir á los hombres ó si los hombres han de dirigir á los niños.

— Es cierto, dijo Salomon Daisy con algunas inclinaciones de cabeza muy significativas, tenéis razón. ¡ Bien, Juan, bien !

El posadero fijó lentamente sus ojos en Salomon, le miró largo rato y acabó por dar esta respuesta que consternó al auditorio de una manera inconcebible :

— Cuando necesite consejos, no será á vos á quien los pida. Os suplico que me dejéis en paz. Ni os necesito ni espero necesitaros. No me provoquéis.

— No lo tomeis á mal, querido Juan; no he tratado de ofenderos, dijo el hombrecillo en su defensa.

— Muy bien, señor mío, dijo Juan mas obstinado que nunca después de su victoria. No os ocupeis en mis negocios; sabré sostener mi autoridad sin que os tomeis el trabajo de darme vuestro apoyo.

Y después de esta respuesta el posadero, fijando los ojos en el caldero, cayó en un estúpido éxtasis.

Como la conducta poco galante del posadero había amortiguado la animación de los tertulios, reinó el mas profundo silencio durante largo rato; pero M. Cobb se atrevió por fin á hacer observar, levantándose para tirar la ceniza de la pipa, que José aprendería indudablemente desde entonces á obedecer en todo á su padre, habiéndose convencido aquel día que M. Willet no era hombre con quien se jugaba tan fácilmente, y añadió que le recomendaba, poéticamente hablando, que se durmiese sobre las pajas.

— Y yo os recomiendo, dijo José levantándose con el rostro encendido de cólera, que no me dirijais la palabra.

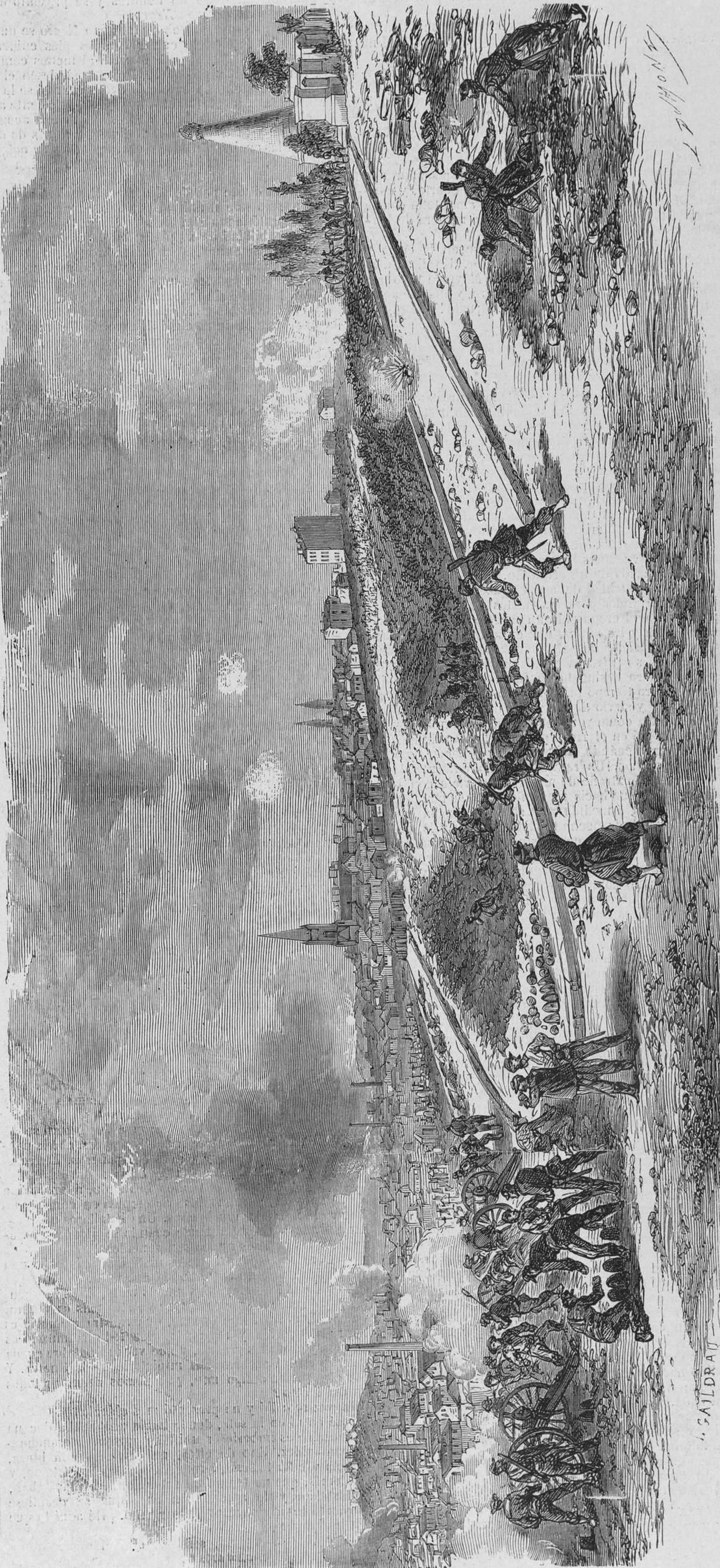
— ¡ Silencio ! gritó el tío Juan despertando de pronto de su letargo y volviendo la cara.

— No callaré, padre, dijo José descargando sobre la mesa tan formidable puñetazo que bailaron los vasos y los jarros. De vos lo sufriré todo, pero no lo sufriré de ningún otro. Así pues, os repito, señor Cobb, que no me dirijais la palabra.

— ¡ Hola ! ¡ hola ! dijo M. Cobb con acento burlón. ¿ Quién es este caballero á quien no se le puede hablar ?

José no respondió, y volvió á ocupar su puesto con un sombrío movimiento de cabeza que no presagiaba nada bueno.

Probablemente hubiera conservado pacíficamente su posición hasta que se hubiesen marchado los tertulios, pero estimulado Cobb por el asombro que había causa-



PARIS. — Última posición de resistencia de los insurrectos en el cementerio del Pere-Lachaise.

GAILDRAY

do á sus compañeros la presuncion del jóven, continuó lanzándole algunas pullas que agotaron la paciencia de José.

En aquel momento se acumularon en su alma las humillaciones y enconos de muchos años, y José no pudo reprimirse.

Saltó pues derribando la mesa, se arrojó sobre su enemigo inveterado, le descargó terribles golpes, y despues de zurrarle de lo lindo, le lanzó con sorprendente rapidez contra un rincón sobre dos grandes cubos.

El buen Cobb cayó de cabeza con formidable estruendo, y quedó tendido en el suelo entre las ruinas, aturrido y sin movimiento.

El vencedor, sin aguardar á que los espectadores le felicitasen por su triunfo, se retiró á su cuarto, y considerándose como en estado de sitio, amontonó contra la puerta todos los muebles portátiles á manera de barricada.

— Está hecho, dijo José sentándose en la cama y enjugándose la cara cubierta de sudor. Un día ú otro habia de suceder. Es forzoso que el Maypole y yo nos separemos. Soy un vago, un aventurero, y ella me aborrecerá para siempre. Todo lo perdí... ¡todo!

XXXI.

José permaneció largo rato sentado y prestando oído mientras reflexionaba sobre su malhadado destino: por momentos esperaba oír rumor de pasos en la escalera ó la voz de su digno padre que subia á exigirle una rendición inmediata y sin condiciones. Pero no llegaron á sus oídos rumores de pasos ni voz alguna, y aunque los ecos de las puertas que se cerraban y de las personas que entraban y salían en los cuartos con precipitación, le hacían comprender que reinaba en toda la casa una agitación extraordinaria, ningún rumor cercano turbó tu retirado albergue, que parecia mas pacífico aun á causa de los estruendos lejanos y que era triste y sombrío como la celda de un ermitaño.

Los góticos muebles de aquel aposento, especie de hospital de inválidos para los trastos viejos de la casa, adquirían con el crepúsculo un aspecto vago y fantástico. Las sillas y las mesas, que durante el día parecían soldados estropeados despues de una batalla, se trasformaban en seres equívocos y misteriosos, y un vetusto biombo de cuero deslucido de India con bordados de oro que en otro tiempo privó el paso á mas de una corriente de aire y sirvió de muralla á mas de una alegre cara, le miraba con expresion ceñuda y sombría, y se mantenía en pié en el rincón que le habían designado parecido á un escuálido fantasma que esperase que le hicieran preguntas. Un retrato colgado enfrente de la ventana, retrato extraño de un general viejo con ojos pardos, parecia que hacia un guiño desde su marco ovalado y se dormía á medida que se amortiguaba la luz del día, y cuando la noche tendió su negro velo, pareció que cerraba los ojos con gusto para dormirse como un tronco. Reinaba tal silencio y misterio en torno suyo que José no pudo menos de seguir su ejemplo, y entregándose al sueño como todos los objetos que le rodeaban, soñó con Dorotea hasta que el reló de la iglesia de Chiquell dió las dos de la madrugada.

Los rumores lejanos de la casa habían desaparecido, y en el campo todo estaba tambien tranquilo, menos cuando ladraba algún perro ó el viento agitaba las ramas de los árboles. Miró melancólicamente desde la abierta ventana cada objeto conocido que yacia dormido al oscuro fulgor de la luna, y volviéndose lentamente á la cama, pensó en el escándalo del día anterior, y pensó tanto rato que le parecia que habia trascurrido un mes desde aquella escena.

La noche trascurrió mientras dormitaba, meditaba, iba á la ventana y miraba la campiña. El viejo biombo, las sillas y las mesas sus contemporáneas comenzaron á aparecer lentamente con sus habituales formas, el general de ojos pardos volvió á hacer guiños, á bostezar y á despertarse, y finalmente, cuando se despertó completamente, pareció sentirse mal, transido de frio y ceñudo á la triste luz blanquecina de la mañana.

El sol apuntaba ya sobre los árboles del bosque, y se extendían al través de la ondulante neblina brillantes barras de oro cuando José arrojó desde la ventana un pequeño paquete con su palo y se preparó á bajar.

No era una empresa muy difícil porque habia tantas piedras salientes y tantos tejados sobrepuestos, que desde la ventana hasta el suelo formaban como una escalera rústica que solo exigía un salto de algunos piés.

José se encontró muy pronto en tierra firme con su palo en la mano y su paquete al hombro, y alzó los ojos para contemplar el viejo Maypole quizás por la vez postrera.

No lo apostrofó con un ¡adios! solemne como hubiera podido hacerlo un veterano de retórica, ni lo maldijo, porque no guardaba en su corazón rencor alguno contra nada. Sentía por el contrario mas afecto y mas ternura por aquella morada que habia sentido en toda su vida, y se despidió deseándole toda la felicidad que á él le faltaba.

Se puso en camino con rápido paso, llena la cabeza de grandes pensamientos: queria ser soldado, morir en algún país extraño donde hubiera mucha arena y un calor ardiente, y legar al morir inmensas riquezas de su botín á Dorotea que quedaria muy agradecida al saberlo.

Absorto por estas visiones de jóven, ya entusiastas, ya melancólicas, pero que tenían siempre á Dorotea por

punto céntrico, apresuró el paso hasta que resonó en sus oídos el estruendo de Londres y se presentó á su vista la muestra del *Leon Negro*.

No eran mas que las ocho, y el Leon Negro se quedó muy asombrado al verle entrar con los piés cubiertos de polvo y sin la yegua para hacerle al menos compañía; pero habiendo pedido José que le sirviesen el almuerzo cuanto antes y habiendo dado, cuando se lo pusieron delante, incontestables pruebas de excelente apetito, el Leon Negro le hizo como siempre una acogida hospitalaria y le trató con esas demostraciones de distincion á las cuales, á título de parroquiano y de cofrade en el oficio, tenia todos los derechos que podían exigirse.

Este Leon ó este posadero, porque llamaban al hombre lo mismo que al animal por haber mandado al artista que pintó la muestra que desplegara todo su talento y toda la habilidad de su pincel en dar á las facciones del rey de los animales el parecido mas exacto á las suyas hasta formar un verdadero retrato, era en cuanto á viveza, rápida penetracion y fecundia un trasunto del tío Juan. Mediaba sin embargo entre ellos una diferencia, y era que así como la extrema sagacidad y la exquisita organizacion intelectual de Juan Willet resultaban de los esfuerzos de una naturaleza espontánea, el Leon parecia deber la mitad de sus dotes características á la cerveza, de la que se echaba tan copiosos tragos que la mayor parte de sus facultades estaban completamente ahogadas por este líquido, á excepcion de una sola, la gran facultad del sueño que conservaba en un grado de perfeccion sorprendente.

El Leon que cruja al viento sobre la puerta de la taberna era pues, verdaderamente hablando, un leon adomado, domesticado y sin vigor, y como estos representantes sociales de una clase salvaje ofrecen habitualmente un carácter convencional (pues los pintan en general en actitudes inverosímiles y con colores imaginarios), los mas ignorantes y peor informados de la vecindad creían con frecuencia ver en él un verdadero retrato del posadero con traje oficial para una gran ceremonia fúnebre.

— ¿Quién es ese que mete tanto ruido en la sala inmediata? preguntó José cuando almorzó, se levantó y se limpió el polvo.

— Un sargento que engancha jóvenes para el ejército, respondió el Leon.

José se estremeció involuntariamente, porque encontraba allí el objeto de los proyectos que habia meditado por el camino.

— Y desearia, dijo el Leon, que se hubiese marchado, porque son gentes estas que solo abren la boca para gritar. Mucho charla, eso sí, pero en cuanto á hacer gasto, buenas noches. Ya sé que á vuestro padre le gustan muy poco tales parroquianos.

Tal vez no le gustaban en efecto en ninguna circunstancia, pero es probable que le hubiesen gustado menos si hubiera llegado á saber lo que meditaba su hijo.

— ¿Es brillante el regimiento para el cual engancha? dijo José mirándose en un espejo que habia en la sala.

— Creo que sí, respondió el Leon, pero me parece que para recibir un balazo tanto vale ser un granadero como un enano.

— No todos los que van á la guerra reciben un balazo, dijo José.

— No todos, repuso el Leon, pero los que quedan muertos en una batalla son segun mi parecer los mas afortunados.

— Veo que no haceis caso de la gloria.

— ¿De qué?

— De la gloria.

— No, respondió el Leon con la mayor indiferencia, no hago ningún caso. Cuando la gloria venga á pedirme de comer y de beber y no tenga dinero para pagar, no le perdonaré el gasto que haga. Si en vez de ser hombre de negocios fuera un aventurero, un perdonavidas ó un fanfarron, haria mas caso de eso que llamais gloria y que solo seduce á los tontos y los tunantes.

Estas observaciones desanimaron á José, pero se dirigió á la puerta de la sala inmediata y escuchó la conversacion del sargento y de sus compañeros. El reclutador describia la vida militar, y decia:

— El soldado pasa el tiempo bebiendo, á excepcion de algunos largos intervalos que emplea en comer y en hacer el amor á las muchachas. Una batalla es una cosa muy divertida, especialmente cuando se alcanza la victoria, y los ingleses nunca son vencidos.

— Pero supongamos que os mata una bala, dijo una voz tímida desde un extremo del aposento.

— ¿Y qué? Supongamos que os mate, dijo el sargento. ¿Qué sucede entonces? Que vuestro país os venera, que S. M. el rey Jorge os ama, que vuestra memoria es honrada, querida y respetada, que todo el mundo os aprecia y os da las gracias, y que vuestro nombre queda inscrito en los archivos del ministerio de la Guerra. Y por otra parte, amigo mio, ¿no hemos de morir todos un día ú otro?

La voz se calló y no presentó mas objeciones.

José entró en la sala, donde habia una media docena de mozambetes imberbes reunidos y agrupados escuchando con avidez. Uno de ellos, un carretero con blusa, parecia vacilar todavía, aunque dispuesto á alistarse, y los demás, que no tenían tal intencion, le impulsaban, le instaban y le apremiaban para que se decidiese apoyando los argumentos del sargento. ¡Hé aquí lo que son los hombres!

— No hay necesidad, señores, dijo el sargento que estaba sentado en una mesa bebiendo un vaso de aguardiente, de animar á los que están resueltos.

El sargento dirigió una mirada á José, y añadió:

— El rey no quiere gallinas, ni está tan apurado para rogar á nadie. Por otra parte, para el ejército no sirven los cobardes ni los hombres de poco mas ó menos. Por lo tanto, no admitimos mas que la gente escogida. Si os citara todos los hijos de familias nobles que sirven en nuestro cuerpo despues de algunas calaveradas ó de haber reñido con sus papás...

La mirada del sargento se fijó entonces con tanta amabilidad en José, que este le indicó que deseaba hablarle aparte.

El sargento se levantó en seguida, y dándole una amistosa palmada en el hombro, le dijo:

— Apostaria cualquiera cosa á que sois un noble disfrazado; yo tambien lo soy: seamos amigos.

José le apretó la mano y le dió las gracias.

— ¿Deseais servir? preguntó el sargento. Sí, servireis, habeis nacido para militar. Sois uno de los nuestros. ¿Qué quereis beber?

— Nada por ahora, respondió José con un débil suspiro. No estoy aun del todo decidido.

— ¡Cómo! ¿Un jóven tan fogoso como vos no está aun decidido? exclamó el sargento. Permitid que llame; ya vereis como antes de un minuto os decidís.

— Estais equivocado, repuso José, y os advierto que me conocen en esta casa, y que si llamais vais á hacer evaporar en un momento mi vocacion militar. Miradme cara á cara. ¿Me veis bien?

— ¿No os he de ver? respondió el sargento echando un voto. Nunca he tenido ante mi vista un mozo mas propio para servir á su rey y á su patria.

— Gracias, dijo José. No os lo he preguntado porque me elogiáis, pero sin embargo os lo agradezco. Lo que quise decir era si tenia cara de cobarde ó de embustero.

El sargento respondió con muchas protestas lisonjeras que tenia cara de hombre valiente y franco, y que si su propio padre sostuviese lo contrario, le traspasaria el corazón con la espada creyendo hacer un acto meritorio.

José le manifestó su agradecimiento y continuó:

— Podeis fiaros en mí y creer de mí promesa. Es muy probable que me alistaré esta tarde en vuestro regimiento. Si no lo hago ahora, es porque no necesito tomar hasta entonces un compromiso del que no podré retractarme. ¿Dónde os encontraré esta tarde?

El sargento contestó con alguna repugnancia, y despues de muchas é inútiles instancias para arreglar inmediatamente el negocio, dijo que su cuartel general estaba en el cuartel de la *Tortuga* en Tower-Street, donde le encontraria despierto hasta las doce de la noche y durmiendo hasta el día siguiente á la hora del almuerzo.

— Y si voy á alistarme, lo cual es muy probable, ¿cuándo partiré de Londres?

— Mañana mismo á las ocho y media de la mañana, respondió el sargento. Partireis para el extranjero... á un país donde todo es sol y saqueo... el mas hermoso clima del mundo.

— ¡Partir para el extranjero! dijo José dándole un apretón de manos. Precisamente es lo que deseo. Podeis esperarme.

— Sois un jóven digno de empuñar las armas, dijo el sargento reteniendo la mano de José en el exceso de su entusiasmo. Hareis fortuna. No lo digo por envidia ni por rebajar en nada vuestro mérito, pero si hubiera recibido una educacion como la vuestra, á estas horas seria coronel.

— Gracias por la lisonja, dijo José; no soy tan necio como os figurais. El diablo nos empuja cuando no nos sopla el viento de la fortuna, y el diablo que me empuja á mí es el bolsillo vacío y disgustos de familia. ¡Hasta luego!

— ¡Viva el rey! ¡Viva Inglaterra! gritó el sargento.

— ¡Viva el pan! gritó José sonriendo.

Y los dos nuevos amigos se separaron.

José tenia tan poco dinero que, despues de haber pagado el almuerzo, porque era demasiado orgulloso para cargar el gasto en la cuenta de su padre, solo le quedaba un penique. Sin embargo, tuvo valor para resistir á todas las afectuosas importunidades del sargento, que le acompañó hasta la puerta con muchas protestas de eterna amistad, y le suplicó en particular que le hiciera el favor de tomar aunque no fuese mas que un chelín á cuenta de su enganche. Rechazando á un tiempo sus ofertas de dinero y de crédito, José se marchó como habia venido con su palo y su paquete, determinado á pasar el día como mejor pudiera, y á dirigirse á casa del herrero al anocheecer, porque no queria partir sin despedirse de la graciosa Dorotea.

Salió de Londres por Erlington y llegó hasta Highgate, sentándose en muchas piedras y delante de muchas puertas, pero sin oír que las campanas del dijesen que volviera. Esto era aplicable á la época del noble Whittington, la flor y nata de los mercaderes, pero las campanas han llegado por fin á no tener tantas simpatías para la humanidad. Ya no suenan mas que por el dinero y en ocasiones solemnes; el número de emigrantes ha aumentado; los buques salen del Támesis para lejanas regiones sin mas cargamento que hombres y mujeres desde la popa á la proa, y las campanas continúan silenciosas, sin expresar con sus tañidos súplicas ni penas, porque se han acostumbrado á ver partir la gente á millares.

José compró un panecillo, y redujo su bolsillo, salva una diferencia, á la condicion de la célebre bolsa de Fortunato, la cual contenia siempre la misma suma, cualesquiera que fuesen las necesidades de su poseedor privilegiado.

En nuestra época de realismo, en que las hadas están muertas y enterradas, hay aun una multitud de bolsillos que tienen la misma virtud; el total que contienen se expresa en aritmética por un círculo vicioso que puede sumarse ó multiplicarse por su propia cantidad sin cambiar el resultado del problema, resultado claro y líquido cual es el de $0 \times 0 = 0$.

Llegó por fin la noche, y se dirigió á casa del herrero con el sentimiento de desconsuelo de un hombre que no tiene casa ni hogar y que se halla completamente solo por primera vez en el mundo. Había aplazado hasta entonces la visita porque sabía que la herrera iba algunas veces sola ó acompañada de Miggs á oír los sermones de la noche, y esperaba que aquella sería una de las dedicadas á tan religiosa ocupación.

Se paseó dos ó tres veces á lo largo de la calle por delante de la casa, y cuando volvió descubrió de pronto un vestido en la puerta. Era Dorotea. ¿A quién podía pertenecer en efecto aquel talle gracioso? Se armó pues de valor y siguió el vestido á la tienda de la *Llave de Oro*.

Cuando tapó la luz de la puerta al entrar, Dorotea volvió la cabeza.

— ¡Qué hermosa! pensó José. Podría casarse con un lord y aunque fuera con un rey. Me alegro de haber reñido con mi padre, pues esta circunstancia me proporciona la ocasión de verla.

José no dijo, sino que pensó estas palabras, pero á buen seguro que estaban escritas en sus ojos.

Dorotea se alegró de verle, pero como dijo sentía que su padre y su madre no estuvieran en casa, José la suplicó que no se diese pena por tan poco.

Dorotea vacilaba en conducirlo al comedor porque estaba oscuro, y al mismo tiempo vacilaba en hablar de pié en la tienda porque estaba aun muy clara y podían verles los que pasaban por la calle.

Habían llegado hasta la fragua, y José tenía cogida en sus manos la de Dorotea, que se la había alargado al saludarle, como si estuviesen allí delante de algun altar mitológico para casarse, aunque era la posición mas embarazosa que puede imaginarse.

— He venido, dijo José, para despedirme de vos no sé para cuántos años, y tal vez para siempre. Parto para el extranjero.

Era precisamente lo que no hubiera debido decir. Hablaba como un caballero dueño de su persona, libre de marchar ó volver y de correr mundo á su capricho, cuando el galante cochero había jurado la noche anterior que la señorita Varden le tenía sujeto con cadenas diamantinas, y la había declarado terminantemente que le hacia morir á fuego lento, y que antes de quince dias le habrían enterrado si no merecían compasión sus padecimientos.

Dorotea desprendió su mano y dijo: «¿Será cierto?» haciendo observar sin detenerse un momento que hacia una noche muy hermosa; en un palabra, manifestó tanta emoción como el yunque de la fragua.

— No he podido partir, dijo José, sin venir á veros. Me faltaba el valor.

Dorotea le respondió que sentía que se hubiese incomodado, porque antes de un viaje se tiene mucho que hacer.

— ¿Y está bueno el señor Willet? añadió con indiferencia.

— ¿Eso es todo lo que teneis que decirme? preguntó José.

— Todo. Pues ¿qué quereis que os diga?

Dorotea se vió precisada á coger el delantal con una mano y taparse los ojos para contener la risa.

José tenía poca experiencia en negocios de amor, y no sabía ni por lo mas remoto cómo varían las jóvenes segun las ocasiones. Esperaba encontrar á Dorotea en el punto en que la había dejado en aquel delicioso viaje nocturno, y estaba tan preparado á semejante cambio, lo mismo que á ver salir el sol á las doce de la noche. Le había sostenido todo el dia la vaga idea de que le diría: «No partais,» ó «¿Por qué partís?» ó «¿Por qué me dejáis?» ó le animaría con alguna frase por el estilo; y hasta había admitido como posible que prorumpiera en llanto, que se arrojaría en sus brazos ó se desmayaría repentinamente, pero estaba muy lejos de pensar que le recibiría con tanta frialdad é indiferencia.

La miró, pues, con silencioso asombro en tanto que Dorotea cogía las puntas del delantal, borraba los pliegues y permanecía no menos silenciosa.

Finalmente, José dijo despues de una larga pausa:

— ¡Adios, Dorotea!

— Adios, José, dijo Dorotea con una sonrisa tan agradable como si fuera á dar un paseo por la calle antes de volver á cenar.

— Dorotea, querida Dorotea, dijo José tendiéndole las dos manos, no podemos separarnos así. Os amo con ternura, con todo mi corazón y toda mi alma, y con tanta sinceridad y firmeza como amó jamás hombre alguno. Soy un pobre muchacho, como sabeis, mas pobre ahora que nunca porque he huido de la casa paterna por no poder sufrir por mas tiempo el trato que se me da, y es forzoso que viva sin auxilio alguno. Vos sois bella y admirada, todos os aman, nada os falta y sois dichosa. ¡Ojalá lo seais siempre! ¡El cielo me libre de comprometer vuestra felicidad! Pero decidme una palabra de consuelo. Sé que no tengo derecho para reclamarla de vos, pero os la pido porque os amo, y porque una palabra vuestra será para mí un tesoro que conservaré toda mi vida. Dorotea, querida Dorotea, ¿nada teneis que decirme?

— No... nada.

Dorotea era coqueta por carácter y además niña mi-

mada. No le gustaba que vinieran á cogerla de improviso de aquella manera. El cochero hubiera prorumpido en llanto, se hubiera arrodillado, hubiera crispado las manos, se hubiera dado golpes de pecho, se hubiera estrechado el corbatín hasta estrangularse y habría hecho en fin otros mil arrebatos de poesía. Además, José no tenía derecho á partir al extranjero, ni siquiera de pensarlo, y supuesto que se hallaba sujeto en cadenas diamantinas, no podía disponer de su persona.

— Os he dicho adios, dijo Dorotea. No me cojais mas del brazo, señor José, ó llamo á Miggs.

— No os acusaré, respondió José; la culpa es tal vez mia. Había llegado á creer que no me despreciabais, y veo que estaba loco al creerlo. Debo ser despreciado de todo el mundo, y de vos mas que nadie. ¡El cielo os guarde!

Y José salió de la tienda sin vacilar ni volver la cara.

Dorotea esperó un rato, pensando que iba á volver, y hasta salió á la puerta, miró á la calle por ambos lados hasta donde se lo permitió la oscuridad, volvió á entrar en la tienda, esperó otro rato, subió á su cuarto, se cerró con llave, dejó caer su cabeza sobre el lecho y lloró como si se despedazase su corazón. Y sin embargo, los genios como los de Dorotea están tan llenos de contradicciones, que si José Willet hubiera vuelto aquella noche, al dia siguiente, ó la otra semana ó un mes despues, le habría tratado de la misma manera y habría llorado despues con el mismo dolor.

Cuando salió de la tienda se hubiera podido ver asomar por detrás de la chimenea de la fragua una cara que había salido ya dos ó tres veces de dicho escondite sin ser vista, y que despues de asegurarse de que no había nadie, fué seguida de una pierna, de un hombro y así sucesivamente hasta que apareció completa la forma de Tappetit con una gorra de papel indolentemente hundida de un lado y las manos altivamente apoyadas en las caderas.

— ¿Me han engañado mis oidos ó estoy soñando? dijo el aprendiz. Fortuna, ¿debo darte las gracias ó maldecirte?

Bajó con gravedad del sitio elevado que ocupaba, tomó su pedazo de espejo, lo colocó sobre el banco habitual apoyándolo en la pared, se arregló el cabello y se miró las piernas con atención.

— ¿Estoy soñando? añadió Simon acariciándose las piernas. No, no; es la realidad. El sueño no crea miembros tan perfectos como estos. Tiembla, Willet, tiembla de desesperación. ¡Es mia... es mia!

Al pronunciar estas triunfantes palabras, cogió un martillo y descargó un golpe violento sobre un clavo cuya cabeza representaba á los ojos de su imaginación la de José Willet.

Despues prorumpió en una estrepitosa y prolongada carcajada que hizo estremecer á Miggs en la cocina, y hundiendo la cabeza en un barreño lleno de agua, se lavó, y con la toalla colgada detrás de la puerta se enjugó la cara y ahogó su excesivo alborozo.

José, desconsolado y abatido, tuvo sin embargo valor, al salir de la casa del herrero, para ir al cuartel de la *Tortuga* donde preguntó por su amigo el sargento.

El veterano, que ya no le esperaba, le recibió con los brazos abiertos.

Cinco minutos despues estaba alistado ya José entre los esforzados defensores de la patria, y al cabo de media hora le daban para cenar un humeante plato de tripas con cebolla, preparado, como le aseguró mas de una vez su nuevo amigo, por órden expresa de S. M. el rey. Este guisado le pareció muy sabroso despues de su largo ayuno, de modo que le hizo mucho honor, y cuando lo hubo acompañado de diversos brindis á su príncipe y á su patria, le condujeron á un aposento donde pasó la noche bajo llave sobre un jergón.

Al dia siguiente, merced á la solicitud de su belicoso amigo, encontró su sombrero adornado con varias cintas de colores brillantes que le daban un aspecto muy gracioso.

Se dirigió entonces hácia el Tamesis en compañía del sargento y de otros tres jóvenes alistados como él y tan cubiertos de cintas que apenas se veían mas que tres zapatos, una bota y una chaqueta y media. Allí se les reunieron un cabo y cuatro héroes mas, de los cuales dos estaban borrachos y armaban disputas, y los otros dos parecían tristes y arrepentidos, pero todos llevaban como José el baston y su paquete atado en el extremo.

Los reclutas se embarcaron en una barca que iba á Gravesend, desde donde debían llegar á pié á Chatham. El viento era favorable, y muy pronto perdieron de vista á Londres, que se les había aparecido durante algunas horas como el espectro de un gigante en medio de nieblas sombrías.

XXXII.

Bien vengas mal si vienes solo, dice el refran.

En efecto, es indudable que las tribulaciones son por su índole excesivamente colectivas, y que se complacen en volar á bandadas para ir á posarse segun su capricho sobre la cabeza de algun pobre hombre hasta que no le dejan una pulgada libre en el cráneo, sin hacer caso de otras cabezas que ofrecerian á sus piés bastante espacio, pero que se obstinan en no ver. Sucedió quizás que una bandada de tribulaciones volando sobre Londres, y acechando á José Willet sin encontrarle, cayeron al azar sobre el primer joven que vieron pasar por la calle. Lo cierto es que el mismo dia que partió José, un enjambre de tribulaciones hizo en derredor de los oidos de Eduar-

do Chester tan terrible zumbido con su aleteo que ensordecieron á esta infortunada víctima.

Eran las ocho de la noche en punto cuando su padre y él, delante de los postres que acababa de poner en la mesa el criado, quedaron solos por la primera vez en aquel dia. Habían comido juntos, pero un extraño se había presentado durante toda la comida, y en el momento de sentarse á la mesa casi no se habían visto desde la noche anterior.

Eduardo estaba reservado y silencioso, y M. Chester mas alegre que de costumbre; pero cuidándose muy poco, segun parecia, de entablar conversacion con otra persona de mal humor, daba rienda suelta á su jovialidad con sonrisas y miradas provocadoras sin hacer caso del malestar de su hijo.

Permanecieron así algun tiempo, el padre tendido en un sofá con su exterior habitual de graciosa indolencia, y el hijo sentado enfrente de él, cabizbajo y evidentemente abismado en tristes pensamientos y en penoso fastidio.

— Querido Eduardo, dijo M. Chester con una sonrisa muy amable, no extiendas tu influencia narcótica hasta la botella. Llena al menos los vasos para impedir que se encharque tu mal humor.

Eduardo se excusó y echó vino en el vaso de su padre. Despues volvió á abismarse en su estupor.

— Haces muy mal en no llenarte el vaso, dijo monsieur Chester colocandole el suyo delante de la luz. El vino tomado con moderación y sin exceso, porque la embriaguez afea, ejerce una influencia muy agradable. Da á los ojos mayor brillo, á la voz mas grato acento, á las ideas mas viveza y mayor gracia á la conversacion. Debieras probarlo, Eduardo.

— ¡Ah! padre, exclamó su hijo, sí...

— En nombre del cielo, dijo precipitadamente su padre interrumpiéndole, dejando el vaso en la mesa y arqueando las cejas con la expresión del que se horroriza, no me llames con ese nombre anticuado y rancio. Te suplico que seas mas fino, mas atento. ¿Estoy acaso ya lleno de canas y arrugas? ¿Ando con muletas? ¿He perdido los dientes? ¿Qué falta de delicadeza!

— Iba á hablaros desde el fondo del corazón, señor, respondió Eduardo, con toda la confianza que debiera existir entre nosotros, y me interrumpís desde las primeras palabras.

— No prosigas por favor, Eduardo, dijo M. Chester alzando la mano como para implorar á su hijo, no me hables desde el fondo del corazón. ¿No sabes que el corazón es una parte ingeniosa de nuestro mecanismo, el centro de los vasos sanguíneos, y que tiene tanta relación con tus palabras y pensamientos como tus pantorrillas? Extraño que seas tan vulgar y ridículo. Esas alusiones anatómicas las debes dejar para los médicos y cirujanos, porque no son admitidas en la buena sociedad.

— Sé muy bien que para vos son quimeras é ilusiones los corazones heridos, los corazones consolados y los corazones merecedores de lástima. Conozco vuestros principios sobre este punto, y usaré otro lenguaje.

— Estás equivocado, dijo M. Chester bebiendo y saboreando el licor. Digo terminantemente por el contrario, que existen tales corazones, que no son quimeras. Los corazones de los animales, de las vacas y de los certeros por ejemplo, son cocidos y devorados con delicia, segun me han contado, por el populacho. Hay hombres heridos de una puñalada ó de un balazo en el corazón, pero las locuciones «del fondo del corazón» ó «hasta el corazón», «corazón frio y corazón caliente», «corazón destrozado», «es todo corazón» ó «no tiene corazón», son frases sin sentido comun, Eduardo.

— No lo niego, señor, repuso su hijo viendo que hacia una pausa para dejarle hablar.

— Ahí tienes á la sobrina de Haredale, el objeto de tus ansias amorosas, dijo M. Chester como si tomase el primer ejemplo que le ocurría para aclarar su idea. Es indudable que era todo corazón en tu mente en otro tiempo, y ahora ya no tiene corazón, siendo sin embargo la misma persona, exactamente la misma.

— Esa persona ha cambiado, señor, dijo Eduardo ruborizándose, y recelo que ha cambiado por influencias odiosas...

— ¿Te ha despedido en regla acaso? ¡Pobre Eduardo! Ya te decía que un dia ú otro te llegaría ese percance. ¿Me haces el favor de darme mas vino?

— Forzosamente se ha tramado en torno suyo alguna maquinación, la han engañado de la manera mas pífida, dijo Eduardo levantándose de la mesa. No creeré nunca que el saber mi verdadera posición haya podido producir semejante mudanza. Sé que ha sido asediada y atormentada, pero aunque se hayan roto nuestras relaciones para siempre, y á pesar de acusarla de falta de firmeza y de infiel para mí y para ella, no creo ni creeré jamás que ningun motivo bajo, ni su propio impulso ni su voluntad libre y espontánea le hayan dictado tan pífida conducta.

— Me haces salir los colores al rostro, repuso jovialmente su padre, al ver tu carácter fantástico, ó creo... si bien es cierto que nadie se conoce á sí propio... ó creo que no hay en el tuyo ningun reflejo del mio. Por lo que concierne á esa señorita, ha obrado muy naturalmente y con mucha prudencia, Eduardo; ha hecho lo que tú mismo la hubieras propuesto, segun me ha dicho Haredale, y lo que te había vaticinado, pues no es preciso ser muy sagaz para hacer tales vaticinios. Te suponía rico, ó al menos bastante rico, y descubre que eres pobre. El matrimonio es un contrato civil, y las gentes se casan en este mundo para mejorar su posición y hacer papel; es un negocio de casa y de mueblaje, de

libreas, de criados, de coche y de comodidades. Ella es pobre, tú también, y todo queda deshecho. Brindo por esa señorita, á quien respeto y honro por su talento, porque te da un buen ejemplo.

— Es un ejemplo, repuso su hijo, del que no pienso aprovecharme jamás, y si la experiencia graba semejantes lecciones en...

— No vayas á decir en el corazón, dijo su padre interrumpiéndole

— En personas que el mundo y su hipocresía han gastado, dijo Eduardo con calor, ¡el cielo me preserve de conocerlas!

— ¡Basta ya! repuso su padre incorporándose en el sofá y mirándole fijamente. Pasemos á otro asunto, y hazme el favor de recordar tu deber, tus obligaciones morales, tu afecto filial y todas las cosas de este género sobre las cuales es tan grato reflexionar, ó te arrepentirás.

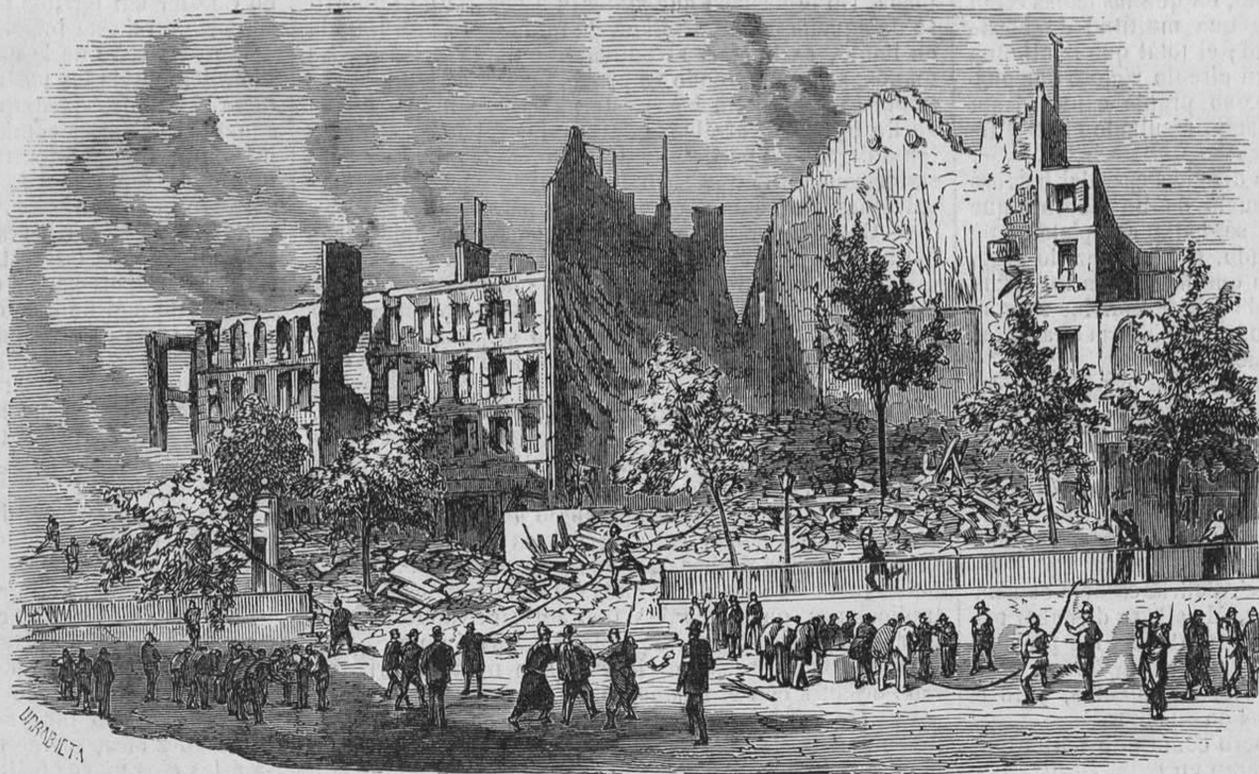
— No me arrepentiré jamás de conservar el respeto á mí mismo, dijo Eduardo. Perdonad si os declaro que no lo sacrificaré á vuestro mandato y que no seguiré el camino que quisierais obligarme á tomar para hacerme cómplice de la parte secreta que habeis tenido en esta última separación.

El padre irguió la cabeza, y mirándole como con un sentimiento de curiosidad para ver si hablaba formalmente, volvió á reclinarsse otra vez, y dijo con la voz mas tranquila mientras comía un postre.

— Eduardo, mi padre tuvo un hijo que, siendo loco como tú y que cual tú estaba animado de sentimientos de desobediencia bajos y vulgares, fué desheredado y maldecido una mañana despues de almorzar. Aquella escena se representa esta noche á mi memoria con una exactitud admirable. Me acuerdo que estaba comiendo postres, unas tostadas de pan con manteca. Aquel hijo arrastró una vida miserable y murió joven, y fué una fortuna bajo todos conceptos, porque deshonoraba á la familia. Es muy triste, Eduardo, que un padre se vea en la necesidad de recurrir á medidas tan extremas.

— Sí, no hay duda, repuso Eduardo, y es muy triste también que un hijo, que ofrece á su padre su amor y sus deberes en el mejor y en el mas verdadero sentido, se vea rechazado siempre y obligado á desobedecer. Querido padre, añadió con tono aun mas grave pero cariñoso, he reflexionado mucho sobre lo que pasó entre nosotros cuando por vez primera discutimos este punto. Permitid que tengamos una explicacion confidencial, franca y sincera. Prestadme atención.

— Como adivino lo que será y no puedo menos de adivinarla, Eduardo, respondió friamente su padre, me niego á prestarte atención. Estoy seguro de que tu con-



PARIS. — Los restos del teatro de la Puerta de San Martin. (Véase página 390.)

Los grupos

de la

CAPILLA EXPIATORIA

DE LUIS XVI.

En nuestro núm. 691 (tomo XXVII, año 1866), publicamos una vista de la Capilla expiatoria de Luis XVI con una noticia completa y circunstanciada de este monumento, cuya destruccion habia ordenado la Commune, y que felizmente no ha tenido tiempo de llevar á cabo.

Hoy damos en esta página los dos grupos que adornan la capilla expiatoria, tan llena de ornatos. Con efecto, por todas partes se ven esculturas, pinturas, adornos de toda clase, jarrones, flores de lis, á lo cual hay que añadir las cuatro

pechinas de la cúpula, enriquecidas con los bajo-relieves de Gerard, así como el bajo-relieve que está encima del pórtico interior, y que representa la traslacion del rey y de la reina á San Dionisio.

Sabido es que la capilla tiene la forma de una cruz con los brazos redondeados, menos uno. En el fondo, el altar es el primer brazo redondeado. En el segundo y el tercer brazo están los grupos que reproducimos. El primero representa á Luis XVI sostenido por un ángel con el dedo le señala el cielo. Es el mismo ademan del abate Edgeworth, que así acompañó su última palabra en la hora suprema en que se abria la eternidad ante el infortunado rey. Este grupo es del autor de la estatua ecuestre de Luis XIV que se ve en la plaza de Victorias, el escultor Bosio.

El otro es de Corto, y representa á la reina María Antonieta, apoyada en la Religion, cuyas facciones son las de Madama Elisabeth.

En los pedestales de estos dos grupos se leen en letras de oro los dos documentos conocidos con el nombre de Testamento del rey y Testamento de la reina. Este último es la carta que María Antonieta dirigió á su cuñada algunas horas antes de su muerte, y en la que se halla esta frase:

« Que mi hijo no olvide nunca los últimos votos de su padre, se lo suplico encarecidamente; que no trate nunca de vengar nuestra muerte. »

C. D

fidencia me pondria de mal humor, y no quiero disgustos de ninguna clase. Si te propones oponer obstáculos á mis planes relativos á tu colocacion y á la conservacion de la nobleza que ha sostenido durante tantas generaciones nuestra familia, en una palabra, si estás resuelto á seguir la senda que te has trazado, síguela y llévate contigo mi maldicion. Lo siento, pero no hay otra alternativa.

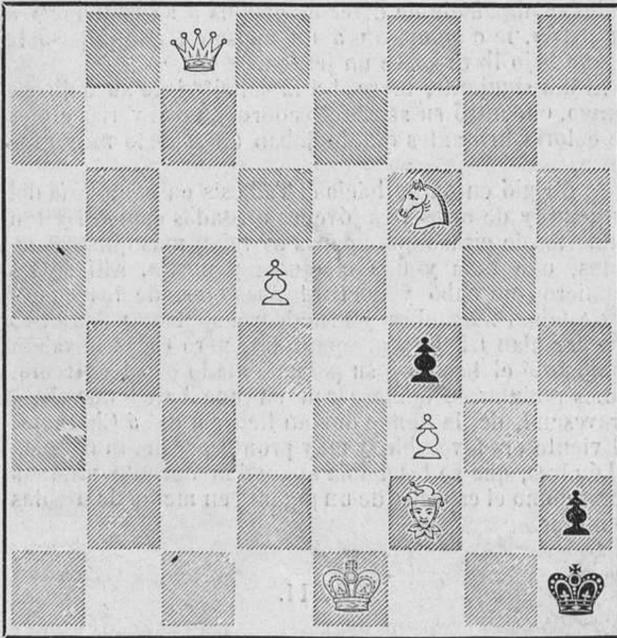
— La maldicion puede salir de vuestros labios, dijo Eduardo, pero no será mas que un vano soplo. No creo que un hombre tenga en la tierra poder para atraer sobre su semejante, y especialmente sobre su propio hijo, una maldicion, así como no tiene poder tampoco para hacer caer sobre nosotros con sus conjuros impíos una gota de agua ó un copo de nieve. Reflexionad lo que decís, señor.

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez.

PROBLEMA NÚMERO 339, POR M. JOLIET.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.



Luis XVI, grupo de la Capilla expiatoria.



María Antonieta, grupo de la Capilla expiatoria.